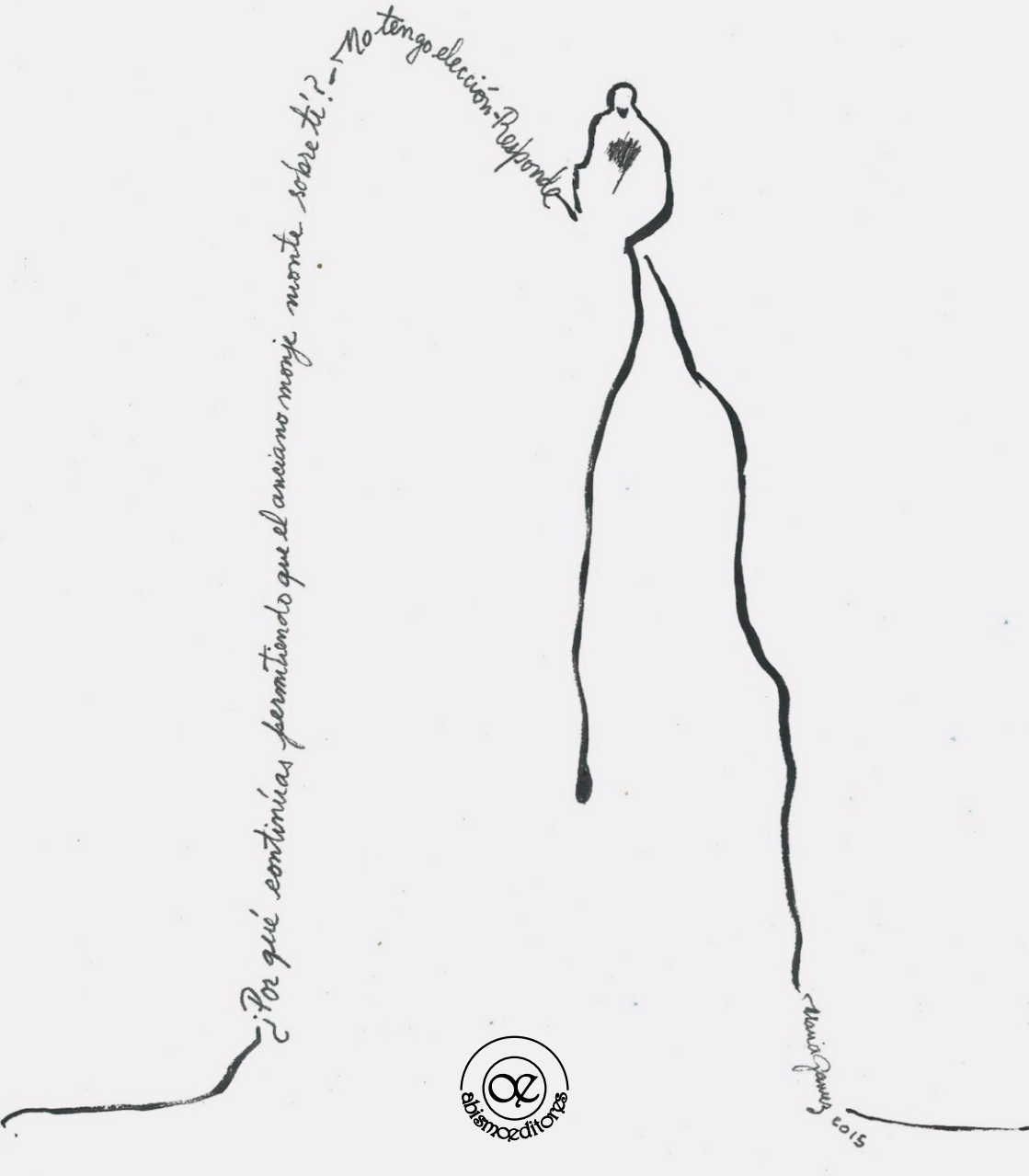
PLESIOSAURIO

Primera revista de ficción breve peruana

Año X, Nº 9, Vol. 2.
Lima, marzo de 2017.



abismo editores

PLESIOSAURIO

Primera revista de ficción breve peruana

PLESIOSAURIO

Primera revista de ficción breve peruana

Lima – Perú

PLESIOSAURIO
Primera revista de ficción breve peruana
Año X, Nº 9, Vol. 2. Lima, marzo de 2017.

Dirección
Rony Vásquez Guevara

Editora invitada
Geraudí González

Diseño y diagramación
Dany Doria Rodas

Diseño de carátula
María Gámez

© Plesiosaurio
Av. Santa Elvira, Urb. San Elías, Mz. «A», Lote 3, Lima 39
Celular: 997254851 / 996308452
Web: http://revistaplesiosaurio.blogspot.com
http://plesiosaurio.wix.com/revistademinificcion#!
E-mail: plesiosaurio.peru@gmail.com
Facebook: www.facebook.com/RevistaPlesiosaurio

© abismoeditores, 2017
Jr. Pablo Risso 351, Lima 30
E-mail: abismoeditores@gmail.com
Facebook: www.facebook.com/abismoeditores

ISSN 2218-4112 (en línea)

Incluye Vol. 1.

Hecho en Perú – Piru llaqtapi ruwasqa – Made in Peru

Todos los textos son de pertenencia exclusiva de sus autores.

EN ESTE NÚMERO…

Editorial
Nosotros los plesiosaurios… 11

Homero Carvalho Oliva 13
Atilano Sevillano 17
Paz Monserrat Revillo 21
Luis Alerto Chávez Fócil 25
Paola Tena 29
Saraybel Jiménez 33
Rhazes Pacheco Escalona 37
Omar Ochi 41
Wilmer Mejía Carrión 45
Raúl Tamargo 49
Roberto Abad 53
Joyce Stephany Hernández Aguilar 57
Fabiola Soria 61
María Cristina Chiama 65
Gonzalo del Rosario 69
Ricardo Alberto Bugarín 73
Sergio Astorga 77
Marylena Cambarieri 81
Susana Szwarc 85
Silas Corrêa Leite 89

MINIANTOLOLOGÍA DE LA MINIFICCIÓN VENEZOLANA

Alfredo Armas Alfonzo 95
José Gregorio Bello Porras 99
Ednodio Quintero 103
José Antonio Ramos Sucre 107
Salvador Garmendia 111
José Urriola 115
Ricardo Ramírez Requena 119
Luis Britto García 123
Antonio López Ortega 127
Armando José Sequera 133
Julio Miranda 137
Rigoberto Rodríguez 141
Stefania Mosca 145
Arnaldo Jiménez 149
Alberto Hernández 153
José Balza 157
Wilfredo Machado 161
Adriano González León 165
Belén Ojeda 169
Juan Calzadilla 173
Eduardo Liendo 177
Gabriel Jiménez Emán 181
Luis Barrera Linares 185
Iliana Gómez Berbesí 189
Eloi Yagüe 193
Laura Cracco 197
Jorge Gómez Jiménez 201

Krina Ver 207
Beverly Pérez Rego 211
Freddy Hernández Álvarez 215
Juan Antonio Calzadilla Arreaza 219

Nosotros los plesiosaurios…

Seleccionar un texto literario para incluirlo en un libro es una tarea difícil. Leer minificciones no es una labor sencilla, como ya han señalado diversos escritores y teóricos. En consecuencia, seleccionar minificciones constituye un trabajo durísimo, aunque más complicado es escribirlas, pulirlas y, finalmente, publicarlas. Por ello, en «El bolo alimenticio», nosotros nos encargamos de seleccionarlas y publicarlas, pues nuestra intención es motivar a los jóvenes escritores a continuar con su oficio, ya que ello nos permite un mejor conocimiento del contexto actual de la minificción en el mundo. En esta novena edición, entonces, ya podemos celebrar con satisfacción que muchos jóvenes escritores, después de confiarnos sus textos en nuestras convocatorias, hayan publicado sus *operas primas* apostando por la minificción.

Además, aunque las antologías nacionales de minificción nos permiten conocer a sus cultores literarios, nosotros los *Plesiosaurios* apostamos, en esta novena edición, por presentar una selección de minificción venezolana, a cargo de nuestra editora invitada Geraudí González, con la finalidad de conocer el momento actual de la narrativa brevísima venezolana.

De esta forma, inauguramos un nuevo espacio en *Plesiosaurio. Primera revista de ficción breve*, pues en las próximas ediciones también presentaremos minificciones

de diversos países hasta alcanzar un mapa general de la narrativa brevísima. Solo así, nuestro propósito difusor seguirá manteniéndose firme y contribuirá al conocimiento actual del desarrollo de esta modalidad textual en el universo literario.

Seguimos, entonces, el camino trazado por *El cuento. Revista de imaginación*, *Ekuóreo. Revista de minicuentos*, y otras antecesoras, a quienes en cada número rendimos un tácito homenaje, pues sin ellas no se hubiera forjado la historia de la minificción latinoamericana e hispanoamericana.

Bienvenidos a *Plesiosaurio* y la minificción venezolana.

Rony Vásquez Guevara
Director

HOMERO CARVALHO OLIVA

Homero Carvalho Oliva (Bolivia, 1957). Ha publicado entre otros libros *Biografía de un otoño*, *El Rey Ilusión*, *Seres de Palabras, Territorios invadidos* y *Ajuste de Cuentos*. Participa de varias antologías nacionales como *Antología del cuento boliviano contemporáneo*, *The fatman from La Paz* e internacionales, entre las que se destacan *El nuevo cuento latinoamericano*, *Antología del cuento latinoamericano del siglo XXI* y *Se habla español*, que reúne a los mejores narradores iberoamericanos de la actualidad. Ha obtenido, entre otros premios literarios, el Premio Único Latinoamericano de Cuento (México, 1981); Premio *Latin American Writers Institute* (New York, 1989); y el Segundo Premio nacional de Cuento (1995).

Pachamama

Doña Justina Cusicanqui, tierna y sabia anciana, cuenta que escuchó a su abuela relatar la historia de un aymara que, ante los porfiados sacerdotes católicos que pretendían obligarlo a bautizarse cristianamente, para que el pobre hombre salve su alma salvaje y pecadora, respondió muy sereno:

—Yo nada espero del Cielo, todo me lo dio la Tierra.

Estatuas desveladas

Hay hombres que tienen, bien merecidos, sus monumentos. Las palomas, esos tiernos símbolos de la paz, nos vengan de todos sus agravios.

La última cena

Y, entonces, acabada la cena, el Conde Vlad Drácula, alzó su copa llena y la pasó a sus discípulos, diciendo: tomad y bebed todos de él, porqué éste es el cáliz de mi sangre. Sangre de la alianza nueva y eterna, que será derramada por vosotros y por todos los hombres. Haced esto en conmemoración mía.

ATILANO SEVILLANO

Atilano Sevillano (Argusino de Sayago, Zamora - España, 1954). Doctor en Filología Hispánica, Licenciado en Teoría de la literatura y Literatura comparada, poeta y narrador. Reside en Valladolid. Autor de los poemarios *Presencia indebida* (1999) y *Hojas volanderas-Haikus* (2008). Ha publicado los libros de microrrelatos *De los derroteros de la palabra* (2010) y *Lady Ofelia y otros microrrelatos* (2015). Cultiva la poesía visual y colabora con sus textos en diversas revistas literarias españolas e hispanoamericanas.
E-mail. asevillano.ber@gmail.com

Abismo generacional

Sin duda se amaban y se fundieron en un beso. Te escribiré, le dijo ella. Te esperare, dijo él. Pero mientras ella utilizaba el correo electrónico, él cada mañana abría el buzón de casa para leer esa carta que nunca llegaba.

Al pie de la letra. Microrrelatos de la A a la Z. Guadalajara (España): PiEdiciones, 2017.

Noticia breve

Dos agentes de la policía local de una localidad gallega acudieron al domicilio de J.M.S. alertados por una persona del otro lado del charco que se había percatado de que el hombre llevaba varios días sin conectarse a Facebook. Los agentes comprobaron que el hombre, que vivía solo, había fallecido al parecer de una muerte natural.

Al pie de la letra. Microrrelatos de la A a la Z. Guadalajara (España): PiEdiciones, 2017.

PAZ MONSERRAT REVILLO

Paz Monserrat Revillo (Tortosa - España, 1962). Bióloga de formación y profesora de instituto de profesión. Vive cerca de Barcelona. Ha participado en la redacción de libros de texto de biología y es coautora de *100 situacionsextraordinàries a l'aula* (2014).Como autora de microficciones ha participado en la antología *Mar de pirañas, nuevas voces del microrrelato español* (2012). A finales del 2015 la editorial Nazarí publicó su primer libro individual de relatos *Hormonautas*.

Elegía

Un piojo sobre la hoja en blanco. Humilde máquina de destrucción. Perfectamente artrópodo, con todas sus piezas articuladas y el vientre geométrico repleto de sangre.

Se debate patas arriba luchando contra el aire que lo aplasta, contra mi mirada curiosa, contra el huracán de mi respiración. Mueve las patitas como si el mundo fuera una gran pelota y él tuviera que hacer acrobacias con ella. Consigue desplazarse un milímetro a la derecha. Se detiene para recuperar fuerzas. Parece que el peine metálico le ha perforado ligeramente el abdomen.

Mi mano escribiendo este texto pasa por encima de su cuerpo simétrico, el párrafo se acerca a su vientre agotado. Ahora ya solo mueve una pata y sus dos quelíceros minúsculos tantean el papel en busca de sangre, de mucosas, de grasa… Los caminos de la tinta lo alcanzan y le ceden el escenario de dos líneas en blanco. Levanta el vientre en un último gesto de orgullo parásito y se desploma rodeado de las palabras que yo escribo y que hablan de su muerte inocente y digna. Su cadáver viaja hacia la papelera envuelto en un sudario doméstico: un pañuelo blanco de celulosa.

Ha muerto el piojo. Nadie lo reclama, pero sus parientes no se resignan a perder esta batalla, intermitente pero feroz, que se libra en la sedosa melena de mi hija pequeña.

Ámbar

Se trata de dos hembras con sendos cargamentos. Una de ellas fue atrapada con 150 granos encima y la otra con 137. Supongamos que los necesitaban para criar a su prole. Supongamos.

La historia no parece un cuento de hadas.

Pero tratemos de imaginar la escena en su contexto real. Ahora: el tiempo detenido en el interior de una gota traslúcida y rubia como un caramelo. Entonces: Gimnospermas y frondes de helechos bajo un cielo magenta. Al fondo un braquiosaurio señorea el pantano.

Dos ejemplares de *Gymnopollisthripsminor* cargadas con granos dorados de polen están a punto de llegar a su nido con el botín. Justo en la frontera entre el bosque y el lodazal una gota de resina pende indecisa del borde de una rama. Al paso de la comitiva se precipita sobre la prueba más antigua de polinización por insectos, que ahora mismo -cien millones de años después- está siendo examinada por ojos asombrados y expertos en el sincrotrón de Grenoble.

Sigue sin parecer un cuento de hadas. Pero si nos paramos a pensar en toda la tradición de huerfanitos que nos ha brindado el género, no podemos dejar de sentir una cretácica compasión por las pobres larvas que esperaban a sus mamás en ese remoto nido.

El azar puede ser un ogro, y ya sabemos que la selección natural siempre ha sido una madrastra implacable y cruel.

LUIS ALERTO CHÁVEZ FÓCIL

Luis Alberto Chávez Fócil. Mexicano. Es profesor de Teatro. Escribe y ha obtenido premios de poesía, cuento de humor y dramaturgia. Radica en el sureste del estado de Veracruz. Ejerce trabajo periodístico.

Fermentación

Proceso bioquímico por el que una sustancia orgánica se transforma en otra.

Al nacer irradia y sus pétalos se abren a la vida que, sinuosa, le hará crecer a maravillas, mundo de aromas. Tenderá raíces, además de aéreas; todo le procurará la tierra y de su especie las habrá gentil o ya enemiga. Al crecer –la madurez aguarda un palmo por ella- iniciará por fin su semilla un largo viaje: la mujer, nunca, será nuestra.

¡Inútil!

—¿Y esto…cómo se llama?- preguntó tímidamente el muchacho.

—Se llama…clítoris— le respondieron con trémula voz, casi inaudible.

—Ah— dijo el muchacho, y continuó de largo.

PAOLA TENA

Paola Mireya Tena (México, 1980). Pediatra de profesión, escritora por afición. Ha participado como ponente en sesiones dedicadas a la lectura e imparte cursos de Escritura Creativa. Ha publicado sus microcuentos en antologías del género. Nombramiento especial en la FILBo 2015. Publicada en la Antología virtual de minificción mexicana y la revista digital Microfilias. Sus microcuentos pueden ser leídos en www.microficciones.tumblr.com y www.facebook.com /microficciones.

La vida entera

La bala abandonó el cañón del fusil, y mientras avanzaba lenta hacia el condenado, le dio tiempo de huir ayudado por el pequeño grupo de rebeldes junto a los que se había levantado en armas. Se escondió en una aldea cercana, raptó a la ahijada del cura y lo obligó a casarlos, después de jurarle amor eterno. Escaparon montados en el caballo robado al alguacil y pasaron por campesinos en un pueblo donde no les hicieron preguntas. Le pusieron una azada en una mano, pero con la otra cogió un saco de monedas de oro que encontró bajó el colchón de la viuda dueña de la finca, y se pagó el barco hacía el otro continente, donde fue traficante de esclavos. Se enamoró de una mulata fuerte que lo llenó de hijos a los que les contaba historias increíbles de guerra y sangre, y murió de viejo en los brazos oscuros de su mujer, casi sin sentir la bala que le atravesaba limpiamente la frente, mientras el pelotón de fusilamiento lo veía caer, con una sonrisa en los labios, viviendo lo que no iba a ser.

Lolita

Caperucita atraviesa el bosque con la intención de que el Lobo la encuentre. Le han advertido, claro, pero ese algo de autodestructivo que habita en todos le habla de noche y la convence. Él está detrás de un árbol, a su alcance. Es hermoso y viejo, trágico y astuto, justo como lo han descrito. De la mano la guía a un claro. Caperucita sabe que no debe ir y temblando de miedo se deja llevar. La sienta sobre una piedra lisa bordeada de fresca hierba húmeda, y comienza a tocar para ella, sólo para ella, esa melodía triste de nostalgia, evocando detrás de sus párpados cerrados recuerdos de sueños perdidos. Cuando el Lobo vuelve y abre los ojos, Caperucita sigue ahí, mirándole compasiva. Su perfume a juventud vacua lo embriaga. Y para que regrese la deja ir, deseándola más que nunca.

SARAYBEL JIMÉNEZ

Saraybel Jiménez (Venezuela) Reside en Argentina. Ingeniera Industrial. Parte de la antología *En Pocas Líneas. Microrrelatos con Conciencia Social II* (Argentina, 2016), como resultado del Taller de Microrrelatos de la Universidad Tecnológica Nacional. Participó en la antología *20 Uvas* (Internacional Microcuentista, 2015). Autora del poema "Autodestrucción" publicado en la revista Blasfemia Nº 6 (México, 2007).

La pérdida

En la entrada de la funeraria y de la mano de su madre, la chica recibía cada saludo y abrazo de condolencia que le era ofrecido con la mejor predisposición. Pero en realidad la mitad de esas personas no le eran cercanas y la otra, un grupo de completos extraños. A juzgar por la convocatoria, su padre era más querido fuera de casa que dentro.

Este pensamiento le produjo una risa nerviosa que, poco a poco, mientras la madre más la retaba, se iba convirtiendo en una sonora carcajada.

Más tarde, sentada en una solitaria silla al fondo del salón, pensó que si bien este episodio había sido involuntario al menos la había dejado fuera del protocolo de recibimiento. Ya ningún desconocido la volvería a abrazar; aunque ciertamente su padre tampoco.

Baja el telón, sube el telón

—Querido, debemos hablar-, dijo el hombre sobre el escenario mientras se quitaba su peluca dorada.

—Acá no soy "tu querido", soy el director y este es mi teatro. Hablaremos después.

—Y yo soy el actor, dentro y fuera de tu teatro -replicó el hombre y, aunque la voz se le empezaba a quebrar, juntó fuerzas— ¡Ya no aguanto más! Esta fue mi última función.

El director le tomó el brazo con fuerza y, acercándose, le dijo en voz baja:

—¡No pienses que te voy a dejar! ¿A dónde vas a ir? ¿Qué vas a hacer sin mí?

—Partir -respondió el hombre, mientras levantaba su brazo libre y acariciaba su rostro con la palma de la mano—. He de partir para deshacerme de las miradas, piedras opresoras que duermen en la garganta.

—¿Qué dices? ¡Esto no es una escena!—, enfureció el director y le quitó bruscamente la mano de su cara.

—Sí que lo es querido -susurró el hombre—. Y no te pongas nervioso, pero ya empezamos a tener público.

RHAZES PACHECO ESCALONA

Rhazes Pacheco Escalona (Caracas - Venezuela, 1992). Próximo a egresar de la escuela de letras de la Universidad Central de Venezuela (UCV). Estudios de música a temprana edad y diversos viajes por Europa y Latinoamérica ampliaron su espectro sonoro; espectro que ha sabido traducir en minificciones en las que busca encontrar de nuevo el sonido del mundo entre tanta sordera.

Los saltamontes

Los saltamontes son una cosa seria, sí señor. Cuando yo era pequeño, no tenía muchos amigos —como ahora— así que me iba solo por las cañadas que estaban cerca de mi casa y me ponía a buscar saltamontes por todas partes. Cuando encontraba alguno, me quedaba muy quieto para no espantarlo. Y entonces le hablaba, le decía que no tuviera miedo, que yo no le haría nada. Pero era mentira. Apenas se descuidaba un poco, lo agarraba con mi mano regordeta y lo metía en un envase de refresco que tenía escondido en mi otra mano. Luego, cuando ya tenía unos diez o doce saltamontes reunidos, corría por toda la cañada agitando triunfante mi maraquita de insectos. Yo era como Dios controlando mi propio universo de doce saltamontes. Yo era feliz.

Ahora que soy grande y vivo en la ciudad, ya no tengo más mis saltamontes envasados. Ya no soy Dios. Ya no sé tampoco qué creer o a quién rezarle, porque no sé cuál es el nombre del niño rellenito que anda por ahí corriendo con todos nosotros envasados en su mano regordeta.

Mariela

Cómo te digo, Mariela, cómo te hago entender que ahora me dueles en todo el costado. Que esto no era necesario, mujer. Es que tú siempre has sido muy temperamental, ya te lo he dicho antes. Yo pensé que tú confiabas más en mí. Ya veo que me equivocaba. Mil veces te dije que no había nada entre Doris y yo. Que ella solo era una compañera del trabajo, una muy buena compañera, por cierto. Me cansé de decirte que ella también era casada, que tenía dos hijos y que, como yo, nunca estuvo interesada en una relación fuera del matrimonio. Que un día nos tomamos un café y eso fue todo, y a pesar de que nada pasó me sentí culpable. Quizás fue eso lo que te motivó. Y ahora me dueles en la mitad del cuerpo. Y pienso que, en parte, fue tu culpa. Yo te dije todas estas cosas y tú nunca me escuchaste. También te dije que la hija de Doris estaba enferma, que ella estaba muy preocupada y que, encima, se le había dañado el carro. Que por eso la iba a acercar a la clínica después del trabajo. Ahí fue cuando la viste subirse a mi carro. Es verdad que yo siempre supe que eras muy temperamental, por eso no me sorprendí demasiado cuando llegué al apartamento. Y ahora ando con este profundo dolor, Mariela. No sé, sigo pensando que esto no era necesario, que a lo mejor no debiste dispararme.

OMAR OCHI

Omar Ochi (Mendoza - Argentina, 1988). Ha ganado dos veces el Gran Premio Vendimia de Poesía, máximo galardón literario de esta provincia. Ha publicado diez libros "Libro del desierto", "Edel: el libro de once puertas", "Historia del tiempo", "Edel II: ¿Qué es la vida?", "Quimeras en el aire", "Crónicas de hombres celosos", "Los cuatro sueños de Malena", "Apto para toda piedra", "Alenguei, la luna de la luna", "Cazadores de estrellas".

Zoológico de ilusiones

Cada mañana el niño de enfrente, al verme salir de mi departamento, me hacía caras de mono, conejo, chancho y otros animales. Sucedió todos los días de la última primavera. Soporté sus burlas como quien se acostumbra a convivir con un zoológico de ilusiones. Pero una tarde de verano decidí responder a cada uno de sus gestos. Me paré en su vereda. Dirigí la vista a su ventana situada en el segundo piso, y él, desde allí, empezó a reír y dibujó con sus gesticulaciones la cara de un gato irónico. Respondí con el ladrido de una bestia rabiosa. Sorprendido, se esforzó en revertir mi ataque simulando un rugido de tigre. Seguro de mi victoria, grité como un indio salvaje y arrojé una lanza invisible. La esquivó, se mostró atemorizado, levantó los brazos en posición de vuelo y se lanzó desde la ventana.

No estoy seguro de haber sentido culpa o risa cuando lo vi tirado en el césped. Sólo recuerdo que su padre, al salir del hogar y ver a su hijo llorando como un ave herida, ni siquiera me retó. Tomó al niño entre sus brazos, le besó la frente y, como un canguro, lo llevó saltando hacia la entrada de la casa.

Clímax

Llegará el momento en que tus lunas comenzarán a derrumbarse. Te dolerán los pedazos de un mundo roto. Dolerán las cosas que no hiciste. Arderán las noches que encendiste, gozaste y perdiste en una noche lejana. Sentirás que algo atraviesa la puerta más íntima de tu cuerpo y gritarás, llorarás… Pero el llanto sólo durará un instante. Dos manos blancas te mostrarán el niño que ha salido de tu vientre y sabrás que, junto a esa hermosa criatura, el mundo ha vuelto a nacer.

WILMER MEJÍA CARRIÓN

Wilmer Mejía Carrión (Lima - Perú, 1981). Antropólogo por la Universidad Nacional Federico Villarreal. Obtuvo el segundo lugar en el concurso de cuentos organizado por su facultad el año 2004 con el cuento "Perla Blanca". Otros cuentos suyos "El número jamás marcado" y "Corazón de poeta" han sido publicados en la Revista de Literatura Infantil y Juvenil *Fabulador* de Lima. En la actualidad está experimentando con el género del microrrelato, que han sido publicados en la Revista Literaria Virtual chilena *(Entre) Paréntesis* y en la *Revista Minificción* de México.

Lima 10000 a.C

Soy un venado, junto con mi camada, he venido desde las alturas de los andes a la costa en busca de comida. Salto libremente de un lado a otro de estos montes verdes llenos de abundante alimento. Desde lo más alto puedo divisar el inmenso mar donde se oculta la bola de fuego que ilumina nuestro mundo. El río que se ve ancho y amenazador se ve desde la cima de los cerros, tranquilo y apacible. Pero no todo es felicidad tenemos que cuidarnos de los pumas que siempre están al acecho pues quieren nuestra carne. Siempre tenemos que estar alerta ante el mínimo ruido. Como si las cosas no fueran malas ahora ha aparecido otro enemigo, un recién llegado, un animal de dos patas que nos ha venido siguiendo desde hace ya varios meses, éste no sólo quiere nuestra carne pues también se lleva nuestra piel y la usa sobre su cuerpo. Los he visto usar nuestras pieles sentados alrededor de una fogata. Los veo moverse, me asusto y me alejo lo más rápido posible. Están alrededor estos seres. No puedo huir. Me tienen acorralado. No importa. Ya estoy en sus manos.

Aviso de servicio público:

Antes de cruzar la calle mire tanto a la izquierda como a la derecha. La doble moral, cual auto de carreras, viene desde ambos lados de la calle con suma velocidad. Advertido usted, tome sus precauciones.

RAÚL TAMARGO

Raúl Tamargo (Buenos Aires - Argentina, 1958). Ha publicado *Los otros cómo juegan* (1995), *Por la ventana de Sol* (2001), y *El hilo del engaño* (2014).

Una mirada

Mi padre construyó un banquito de madera para que yo me trepara hasta alcanzar la mirilla. A través de ella se veía una módica porción del mundo: un palier en el que los vecinos cambiaban saludos o se pedían un poco de azúcar. Mínimos sucesos que yo conocía también del otro lado, digamos así, como testigo descubierto, cuando atravesaba el palier amarrado a la mano de mi madre.

Pronto comprendí (mi cuerpo comprendió, como comprende un niño) que aun tratándose de los mismos hechos, yo no era el mismo según estuviera de uno u otro lado.

Ya entonces, la calle no era un lugar donde los chicos pudieran estar solos, pero todavía no había televisores frente a los cuales sentarlos. El día tenía muchas horas. Por eso mi padre se improvisó carpintero. Tal vez solo por eso. Tal vez porque comprendía (con el cuerpo, como comprende un padre) que su hijo, además de un mundo, necesitaba una mirada.

Los errores de Papá Noel

El caso es bien conocido porque fue publicado en todos los diarios. Sin embargo, por desconocimiento o por cuidado, la noticia que divulgaron no estuvo completa.

Un niño recibe un disfraz de Superman: la capa, la remera, el taparrabos, calzas y botas. Feliz, ansioso, se viste rápidamente y sale al balcón mientras el resto de la familia sigue abriendo paquetes junto al árbol navideño.

En el edificio de enfrente, otro niño recibe una porción de kryptonita. Como desconoce su utilidad, se siente ofendido por Papá Noel y arroja por la ventana la pequeña roca, con tanta puntería que va a estrellarse contra el cuerpo del primer niño, justo cuando comenzaba a disfrutar del vuelo.

ROBERTO ABAD

Roberto Abad (Cuernavaca - México, 1988). Escritor y músico. Ha publicado en diversos medios nacionales e internacionales. Varios de sus cuentos fueron traducidos al francés y al portugués. *Orquesta primitiva* (Tierra Adentro, 2015) es su primer libro de cuento brevísimo.

Advertencia

Debí tener más cuidado al entrar en aquella casa. El letrero decía: tome sus precauciones, el perro es invisible.

Otra navidad

—No te asustes —dijo el gordo de rojo—, soy el mismo de la otra Navidad.

Y apagó la luz.

JOYCE STEPHANY HERNÁNDEZ AGUILAR

Joyce Stephany Hernández Aguilar (Taxco de Alarcón, Guerrero – México, 1993). Es docente de Español en el nivel Básico de Educación. En agosto del 2016 obtuvo el tercer lugar en el 1° Concurso de Cuento Estatal "Letras surianas", organizado por la UNAM y la UAGRO. Algunos de sus cuentos han aparecido en blogs digitales y publicaciones independientes.

Día de muertos

Caminé poco a poco entre los pasillos abandonados del panteón. Los demás seguían mis pasos en silencio; algunos con expresiones más alegres que otros, y unos más, como yo, con caras neutrales, sin saber cómo reaccionar. En México crecemos sabiendo que hay dos días en los que los muertos visitan a los vivos, pero nadie nos enseña cómo comportarnos cuando el momento llega para nosotros.

No asustamos, no molestamos ni provocamos pesadillas, ahora lo entiendo bien. En el otro mundo, lleno de soledad y silencio, no tenemos más opción que esperar al 31 de octubre y 1 de noviembre, pues es la única manera de volver a probar nuestra comida, de tomar un poco de luz que nos dure el resto del año; de volver a ver a otros, dedicados a la colocación de nuestro altar, que aún no han dejado el mundo físico.

Es Día de Muertos, caminamos entre los pasillos del panteón, con caras adornadas de expresiones diferentes. Creo que fue bueno que muriera hace dos días, así no tuve que esperar tanto tiempo para regresar al mundo que no hubiera querido abandonar. Si fue bueno o malo, nunca lo sabré, pero debo admitir que morir de un impacto de bala en la cabeza te ahorra la agonía de otras muertes más lentas.

El espejo

Carlitos acostumbraba mirarse al espejo. Su padre comenzó a llamarlo maricón al tiempo que su madre trataba de hacerle entender al niño que no era normal que pasara tanto tiempo frente al espejo. Él decía que la niña que se reflejaba le suplicaba que no la dejara de mirar, pues cuando él no estaba, ella no existía. Pasaron los días y en una ocasión la madre se acercó a la habitación donde yacía el objeto de discordia familiar. El padre entró a los pocos segundos de que escuchara a su esposa gritar, solo para encontrarla inconsciente en el suelo. Miró con horror que su hijo estaba atrapado al otro lado del espejo, mientras que ahora tenían a su lado una niña con la cara desgarrada y en estado de putrefacción, sonriéndoles.

FABIOLA SORIA

Fabiola Soria (Patagonia, Argentina). Junto al Centro de Escritores de General Roca (Fiske Menuco), ha publicado poesía y varias microficciones en la revista *Desde el Andén*. Cuenta con tres libros publicados *Arquetipos* (2011), *Todos los rostros* (2014), *¡Maldita humanidad!* (2016).

Método para pescar sin anzuelo

Para atrapar un pez primero deberá ponerse en sincronía con las olas. Una vez que el vaivén ha concentrado su sangre al ritmo de las olas, sumerja las manos desnudas en el agua, como si estuviera por tomar una raqueta de tenis. Entonces cierre y abra las manos intermitentemente, haciendo que las olas se acomoden a esa frecuencia para que los peces acostumbren su sangre a ellas y tomen confianza. Al cabo de tres semanas de repetir este movimiento sin interrupciones, no sólo atrapará un pez, sino que también el pez estará dispuesto a seguir su voluntad, aunque ésta vaya al extremo de querer sacarlo del agua y freírlo. Este método no es apto ni para personas mancas, ni para atrapar cardúmenes, ya que sólo se cuenta con una mano en el primer caso y con dos en el segundo.

Mudanza

Para evitar el flete, organizó sus cosas de manera tal que pudiese cargarlas a sus espaldas y así llegar a destino: una casa chiquita pero con patio, donde finalmente se sentiría a gusto. A fin de volver más fácil la tarea, puso lo más pesado abajo, seguido de lo más grande, después lo más liviano y finalmente lo más pequeño; dejando para la parte superior toda su colección de cactus y plantas de interior. Cuando la columna estuvo armada, la sujetó con arneses a su espalda y ensayó un poco antes de poder dar el primer paso. Al cabo de la primera cuadra ya había dominado la técnica, por lo que siguió otras seis cuadras, atravesó un puente, quince días, un río, un piquete, una tormenta, un resfriado, dos meses y tres cuadras más, y llegó a destino. Negada a dar entrevistas sobre su hazaña, su registro quedó en fotografías de transeúntes que fueron a parar al Facebook. Aunque sí, un diario le dedicó un recuadro a esta hazaña maravillosa bajo el título «La mujer más tacaña del mundo».

MARÍA CRISTINA CHIAMA

María Cristina Chiama (Argentina). Profesora de Lengua y Literatura y coordinadora de grupos de taller literario. Participó de Encuentros y Congresos, en grupos de investigación y en proyectos de Innovación educativa. Se hizo acreedora además premios y distinciones literarias.

Violinista

Cuando uno trabaja cerca del subterráneo ve a tanta gente trajinando la vida. Yo bajo para verla a ella —la del violín— que en medio del hueco oscuro del pasillo pela una mandarina. La come con gestos desmesurados. Se nota que tiene sed. Cuenta el dinero que dejaron los transeúntes agradecidos por las melodías de Vivaldi y sale a la superficie donde como violinista nadie le dio nunca trabajo. Un comienzo es un comienzo siempre.

Límites

A pesar del tropiezo en el escalón de salida, gané la puerta. Quería ver qué había afuera, no es justo que el narrador me condenara a no saber lo que ocurría: el ruido era infernal, los gritos lastimaban los oídos y la vista. Me explotó un obús entre las piernas, las esquirlas parecían uvas maduras. Por eso fue, no por cobarde, como él dijo, le supliqué al autor que hablara con el narrador, que le dijera que deseo envejecer pero como lo que soy: un personaje de ficción. Afuera es demasiado para mí.

GONZALO DEL ROSARIO

Gonzalo Del Rosario (Trujillo - Perú, 1986). Periodista cultural y docente de Literatura. Es autor de los libros de narrativa breve *Cuentos pa' kemarse* (2008), *Losocialystones* (2010) y *Mishky Stories* (2011), así como de la novela corta *Ven ten mi muerte* (2012). Integró el híbrido cine-literario *Tv-out* (2009), y seleccionó a los autores de la antología *Sobrevolando* (2014) que publicó con su editorial 9 Monstruos. Actualmente cursa el Master de Literatura Comparada en la Universidad Autónoma de Barcelona y dirige la revista virtual de creación *Alienation*.

Un video

Adolescente desnuda sobre su tina. Flaca, pálida, cabello negro, lacio, nalgas leves, muslos turgentes, sus senos poseen la redondez cónica de los quince años, pezones marrones en punta de frío. Se sienta, sus labios tocan el agua, abre sus piernas, coloca una fuera y se masajea el clítoris, muy lento, antes de abrir el grifo con su pie y sumergirse para llegar a él. Muda, emerge, respira, gime y grita por la fuerza del chorro, gime y blanquea los ojos, respira hondo y se detiene, masajea sus labios con la palma abierta antes de descubrir la cámara escondida que capta el enrojecimiento de su rostro y ojos, abre la boca, grita, se corta el video.

La virgen

Laura quería mantenerse virgen porque al acabar el colegio se prepararía para ser monja. Nadie la entendía, todos los chicos se morían por ella. Aunque en muchos casos su belleza y cercanía a las madres directoras los alejaba como si Dios fuera el mejor repelente para sus bajas obsesiones. Siempre fue la niña ejemplo, la primera en clase, brigadier, voz principal del coro, comulgaba cada domingo, y, por lo que se hizo más famosa entre los chicos, medallista intercolegial de natación; por eso no dije nada cuando esos tres de la promo la esperaron escondidos en las duchas, nadie puede ser tan perfecta.

RICARDO ALBERTO BUGARÍN

Ricardo Alberto Bugarín (General Alvear, Mendoza – Argentina, 1962). Escritor, investigador, promotor cultural. Publicó *Bagaje* (1981). En microficción sus libros son *Bonsai en compota* (2014), *Inés se turba sola* (2015) y *Benignas insanías* (2016). Los textos aquí seleccionados pertenecen a su último libro.

Flecha

El tensado arco y el brazo sostenían la dimensión exacta de la cacería. Sentimos el rasgón del silencio y pensamos en la pieza que caía. Aguardamos unos minutos imaginando la saciedad del hambre. De entre los matorrales vimos venir una mujer con un bulto en brazos. Venía en silencio, caminaba. Al llegar a nuestro lado depositó en el suelo a un niño.

El león y la rosa

Era un león que se alimentaba solamente de rosas, por ello su melena esplendorosa dejaba a su paso un aroma de emociones y tersuras que conmovía hasta las fibras más íntimas y endurecidas. Un día, en su cotidiano placer alimenticio, se comió la rosa de los vientos. Ahora sólo queda de aquel león su recuerdo y esta cita pequeña que aquí os dejo.

SERGIO ASTORGA

Sergio Astorga (Tezontle - Ciudad de México - México). Actualmente radico en Porto, Portugal. Estudié Licenciatura en Comunicación Gráfica en la Escuela Nacional de Artes Plásticas. Impartí el taller de Dibujo durante doce años en la UNAM. Y estudié Letras Hispánicas e Iberoamericanas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. He publicado en suplementos culturales y en revistas tanto textos como dibujos. Exposiciones pictóricas múltiples. He publicado un libro de poemas llamado Temporal. Gestiona el blog Antojos: http://astorgaser.blogspot.pt/

La comida, pieza para madera Opus.25

La partitura fue comida por el instrumento. Distintas velocidades redondeaban al sonido hasta hacerlo tocable. Engullidas, las notas dejaban sentir su eco fúnebre. Los que asistimos al recital, buscábamos encontrar sentido a ese nudo melódico. Inesperadamente lo encontramos, el sentido, cuando la rotación de los compases fueron equidistantes al acorde de fa.

En el compás dieciocho, tuvimos que improvisar cuando el director perdió un tiempo, que las corcheas aprovecharon para esconderse entre la cuerda tercera y cuarta.

No cabe duda que un buen instrumento, madera de por medio, cautiva hasta la última nota comestible.

Chiquitín Chiquitán

Agárrate fuerte, me dijo. No te sueltes que las notas se han vuelto locas. Esto no pasa de moda, mueve las caderas. Imagínate un son o un merengue. Date vuelta. Mira, tú. Pasito de bochinche. Seguro que lo sientes. Es contrapunto, no es para pelear. Anda, de lao, con sabor.

Agárrate fuerte, me dijo. Sigo sin soltarme.

MARYLENA CAMBARIERI

Marylena Cambarieri (Viedma, Río Negro - Argentina, 1964). Escritora y docente. Sus textos aparecen en diversas antologías literarias. Publicó el poemario *Fragmentos de papel* (2006) y el libro de microrrelatos *Las otras ventanas* (2015).

Masoquismo y felicidad

Estaba todo demasiado bien. Sola era feliz. Por eso decidió llamarlo por teléfono y darle el sí.

Perfumes

Todavía puede olerlo cuando lo recuerda. Quiere tapar su memoria con perfumes pero consigue solamente que los demás huelan su insatisfacción disfrazada de rosas blancas y vainilla.

Fantasma

Escribe todo el tiempo. Escribe también cuando no escribe. Mientras camina, cuando no puede dormir. Hasta que la escritura termina de una vez y para siempre con su fantasma.

SUSANA SZWARC

Susana Szwarc (Quitilipi, Chaco - Argentina, 1954). Reside en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Ha publicado la novela *Trenzas* (1991), así como en narrativa breve *El artista del sueño y otros cuentos* (1981), *El azar cruje* (2006), *Una felicidad liviana* (2007); en el género poesía *En lo separado* (1988), *Bailen las estepas* (1999), *Bárbara dice* (2004), *Aves de paso* (2009); y, en literatura infantil *Había una vez una gota*, *Había una vez un circo*, *Salirse del camino y otros cuentos*, *Tres gatos locos*, entre 1996 y 2010. Entre los reconocimientos recibidos destacan el Primer Premio Nacional Iniciación de Poesía (1987), el Premio Unesco (1984), Premio Antorchas a la Creación Artística (1990), Premio Único de Poesía de la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires (1998), Premio de Honor en la categoría Libro para Niños, otorgado por la Municipalidad de San Miguel de Tucumán (1996). Fue becaria del Fondo Nacional de las Artes por su proyecto de escritura de novela (1995) y recibió el Subsidio Fondo Creadores del Gobierno Autónomo de la Ciudad de Buenos Aires por su proyecto de escritura de libro de cuentos (2005).

Desengaño

Hablaban con sus uniformes recién estrenados; decían que las cosas son tal cual son. Estaban a punto de señalar algo cuando de pronto con cada palabra comenzaron a salir unas pompas de las bocas. Crecían y explotaban. Se perdían en el aire. No se las veía más.

Desamparos

He decidido viajar por el mundo. Llevo mis libros preferidos. Entre ellos *Ana Karenina*. Lo estoy releyendo cuando avisan que sale el tren. Corro, corro y mi Ana queda abandonada sobre el mostrador. Hasta aquí llega todavía su malestar.

El metro

Estoy, ahora, en el metro de Tirso de Molina en Madrid. Escucho una música, la reconozco, busco el vagón. Sí, el niño rumano es el mismo, un poco más alto, y la mujer que lo acompaña -su mamá supongo- está más arrugada, las canas más grises. Comienzo a seguirlo, por momentos me confundo con la madre. El niño

rumano no descansa nunca; temo perderlo porque salto rápido del vagón en una estación para ir al sanitario pero veo que la otra mujer también. El niño rumano, que no deja de tocar, nos espera en la puerta de un nuevo metro y seguimos así, digamos, bajo la tierra. Pasan los días, a veces algunos pasajeros nos dan galletas, chicles, caramelos y hasta gaseosas. No nos detenemos nunca, sólo a veces, para tirarnos sobre un asiento completo cada uno. No somos sólo los tres, hay otros. Con el movimiento del vagón nos despertamos.

Miro por la ventana, siempre andenes, paredes, carteles. De pronto reconozco una tonada, luego otra, hasta algunas facciones reconozco. Pregunto en qué estación estoy, Callao me dicen.

Subamos un momento, les digo al niño rumano y a su madre con una voz que me sorprende, cansadísima y autoritaria a la vez. En la calle parezco ser la única sorprendida: estamos en una esquina de Buenos Aires. Entramos al primer bar.

Miro con admiración al niño rumano que, ahora sí, deja su acordeón sobre una silla y pide un café con leche. Ha dado, otra vez, su vuelta al mundo.

SILAS CORRÊA LEITE

Silas Correa Leite (Brasil). Educador, periodista y Asesor de Derechos Humanos. Comenzó a escribir en el diario *O Guarani*. Autor de una vasta producción literaria por la cual ha recibido diversos permios internacionales. Los textos que aparecen fueron traducidos por Everardo Glez.

Zorras

Llegó a casa y su mujer estaba con el carnicero en su antigua cama matrimonial. Ya la había visto con el panadero, el leñador, el cazador de zorras. Después con el lechero, el fontanero, el tragafuegos del Circo São Judas Tadheu. Se encerró en su cuarto para llorar escondido. Fumó con cierto temor. Sólo tenía en la rutina de su vida: la copa de coñac con Fernet, la luna de Itararé, el violín y la jugada de dominó los domingos con sus amigos, que lo perdonaban por ser impotente.

Ciego

Ciego de nacimiento, aprendió a leer en la oscuridad. Desde pequeño los libros se le revelaban, con suave palpación le construían ventanas, los sonido le eran caminos empedrados, puliendo vacíos de pasajes, nidales y encantamientos en palabras-timbre. Un día encontró a un donador de córneas y pensó que los recursos con los que contaba le podrían proporcionar la visión total. No aceptó ser operado por cuenta del gobierno. Tenía miedo de mirarse en el espejo de las personas... tenía miedo de la oscuridad que en ellas había.

Regreso

Con 33 años, la edad de Cristo, decidió cambiar de sexo, sin fe, que se sumaba a la herencia genética de varón mongólico. Vendió todos sus bienes y se marchó al exterior para llevar a cabo su decisión. Regresó casi diez años más tarde, porque en la operación gastó todo su dinero, y, luego de convertirse en mujer artificial debió prostituirse para ahorrar algo y así poder regresar pobre y con SIDA a la nostálgica Patria Amada.

MINIANTOLOLOGÍA
DE LA MINIFICCIÓN VENEZOLANA

ALFREDO ARMAS ALFONZO

Alfredo Armas Alfonzo (Clarines, 1921-Caracas, 1990). Narrador, articulista, gerente cultural y fotógrafo Con el libro *El osario de Dios*, se hace merecedor del Premio Nacional de Literatura (1969). Esta obra fue el eje de su corpus narrativo y emblema del inicio del cuento breve en Venezuela. La Universidad de Oriente le otorgó el doctorado honoris causa en Humanidades.

1x4

Las mujeres del negocio del detal de licores Nº 847 de Juanitiquita eran seis con ella cuando había bastantes clientes. Maizancochado, María La Bella, Meche, Cruza y La Medieoreja. Nunca Juanitiquita contaba a la enana del pecho grande de la que ni siquiera se acordaban del nombre.

La enana del pecho grande no hacía una tragedia de la mala cabeza de Juanitiquita para las cuentas ni de que no tuviera memoria para nada. De diez de los hombres que estacionaban la gandola en el bruscal y entraban pidiendo para empezar una cerveza bien fría siete preguntaban después por ella y cinco cuando menos la buscaban de compañía. Tragedia la de la muérgana de Juanitiquita, que de cada diez hombres que llegan al negocio uno apenas conviene en quedarse con Juanitiquita, con todo y ser la dueña de esta basura, además de los años demás que tiene.

7x10

Manuelico González se afirmaba en la creencia de que la necesidad tiene cara de hereje y no le fiaba a nadie así lo conociera de hace mucho tiempo para no hacerle mal a un cristiano.

8x1

Desde niña, a fuerza de oír hablar de él, se acostumbró a la presencia del mulato que apenas cabía en la camisa de caqui y la faja con revólver y municionera. Así fue que cuando el capitán Antero Cundo frenó el caballo frente a la casa grande de la hacienda El Virote ella creyó que el militar venía a buscarla para hacerla su querida. No alcanzó la pesada carga del caballo rucio a llegar al suelo, cuando el tiro le entró por el ojo que menos tenía disminuido por el sebo. Alguien que se cobraba una deuda de honor lo cazó como un animal cimarrón de carne apetecida y el balazo la dejó con una sensación de viudez que nunca abandonó.

(*Los desiertos del ángel*. Caracas: Editorial La Púa, 1991)

JOSÉ GREGORIO BELLO PORRAS

José Gregorio Bello Porras (Caracas, 1953). Psicólogo. Narrador, poeta y ensayista. Ganador de diversos premios literarios, entre los cuales destacan el premio Bienal Universidad Central de Venezuela (1980) y el Concurso de cuentos del diario *El Nacional* (1989). Diversos relatos suyos han aparecido en antologías narrativas y de minificción. Su obra aparece dispersa en varias publicaciones periódicas.

Esperanza en camión

Esperanza decide emprender un negocio propio. La señora de la casa donde trabaja, por eso, le hizo un homenaje de despedida. Cocinó para ella y sus hijos una espléndida comida, absteniéndose de bebidas alcohólicas por respeto a la religión de la homenajeada.

La emoción le embarga la razón y Esperanza pierde el control de su lesionado cerebro. La sobremesa es un ataque epiléptico. En plenas palabras de agradecimiento, Esperanza parece cambiar de idioma en un ininteligible discurso que rubrica con salsa de tomate al caer sobre la mesa enmantelada. En vez de aplausos estallan el sobresalto de los presentes y varias piezas de la vajilla y cristalería. La intervención de la señora de la casa evita que se trague la lengua de postre.

Ya recompuesta, tras la toma del medicamento oportuno, y un reposo terrestre ante la imposibilidad de subirla al sofá de la sala, el esposo contrariado por la circunstancia mórbida y por abandonar una partida de dominó que iba ganando, acude a la llamada, viéndose precisado a buscarla en un camión de carga con barandas de estaca.

Allí, entre los cuatro hijos la montan en la batea y le ordenan que se agarre bien, para que permanezca de pie hasta su destino. Los demás se acomodan en la cabina y apresuradamente parten. Esperanza apenas lanza una lánguida mirada de despedida y saluda como si paseara en un papamóvil, perdiéndose en la oscuri-

dad de la noche y junto a ella sus intenciones de pequeña empresaria.

Náufragos en la calle

Cuando dos náufragos se encuentran en la calle, se ven de reojo y creen reconocer los sitios donde la vida los encalló. Sonríen pensándose cada uno más a salvo que el otro. Sólo terminan por estar más aliviados. Pero la tierra firme les rehúye. Y la corriente los lleva irremediablemente al ahogo del océano donde se mezclan y se pierden para siempre.

(*Náufragos en la calle*. Caracas: Monte Ávila Editores, 2014).

EDNODIO QUINTERO

Ednodio Quintero (Las Mesitas, estado Trujillo). Escritor y japonólogo. Se ha paseado por casi todos los formatos de la narrativa: el relato hiperbreve, el cuento largo, la novela y la noveleta. Entre sus obras, cuenta con no menos de una veintena de publicaciones. Ganador de varios premios literarios, entre los que se destaca el Primer Premio de Cuentos de El Nacional.

La muerte viaja a caballo

Al atardecer, sentado en la silla de cuero de becerro, el abuelo creyó ver una extraña figura, oscura, frágil y alada volando en dirección al sol. Aquel presagio le hizo recordar su propia muerte. Se levantó con calma y entró en la sala. Y con gesto firme, en el que se adivinaba, sin embargo, cierta resignación, descolgó la escopeta.

A horcajadas en un caballo negro, por el estrecho camino paralelo al río, avanzaba la muerte en un frenético y casi ciego galopar. El abuelo, desde su mirador, reconoció la silueta del enemigo. Se atrincheró detrás de la ventana, aprontó el arma y clavó la mirada en el corazón de piedra del verdugo. Bestia y jinete cruzaron la línea imaginaria del patio. Y el abuelo, que había aguardado desde siempre ese momento, disparó. El caballo se paró en seco, y el jinete, con el pecho agujereado, abrió los brazos, se dobló sobre sí mismo y cayó a tierra mordiendo el polvo acumulado en los ladrillos.

La detonación interrumpió nuestras tareas cotidianas, resonó en el viento cubriendo de zozobra nuestros corazones. Salimos al patio y, como si hubiéramos establecido un acuerdo previo, en semicírculo rodeamos al caído. Mi tío se desprendió del grupo, se despojó del sombrero, e inclinado sobre el cuerpo aún caliente de aquel desconocido, lo volteó de cara al cielo. Entonces vimos, alumbrado por los reflejos ceniza del atardecer, el rostro sereno y sin vida del abuelo.

El naufragio

Los barcos navegaban muy lejos de la isla: sus siluetas oscuras se reducían a puntos diminutos en el horizonte. Sin embargo, el náufrago, que llevaba muchos años en la isla desierta, alimentaba la esperanza de que un golpe de suerte cambiaría un día su destino.

Imaginaba un barco imposible anclado en la bahía. Y se veía a sí mismo nadando en su dirección a la nave, braceando desesperadamente sin aguardar el bote de rescate.

Al amanecer de un día cualquiera, arrastradas por el oleaje comienzan a llegar botellas, frascos, ánforas, garrafas y toda suerte de vasijas flotantes que contienen mensajes suplicantes de otros náufragos. Y la isla se expande en todas direcciones ante aquella interminable avalancha de mensajes. Crece de tal manera que al atardecer ya se ha convertido en un inmenso continente.

Encaramado en la roca más alta, el náufrago contempla la vastedad de sus dominios. Sonríe con amargura y lanza un feroz alarido que resume su infinita soledad.

(*La línea de la vida*. Caracas: Fundarte, 1988)

JOSÉ ANTONIO RAMOS SUCRE

José Antonio Ramos Sucre (Cumaná, 1890 - Ginebra, 1940). Poeta y diplomático. Políglota, su obra es objeto de estudio en universidades venezolanas. La Universidad de Salamanca, en España, creó una Cátedra con su nombre. Para los especialistas, es considerado uno de los iniciadores del género de la minificción latinoamericana.

La alucinada

La selva había crecido sobre las ruinas de una ciudad innominada. Por entre la maleza asomaba, a cada paso, el vestigio de una civilización asombrosa.

Labradores y pescadores vivían en la tierra aguanosa, aprovechando los aparejos primitivos de su oficio.

Más de una sociedad adelantada había sucumbido, de modo imprevisto, en el paraje malsano.

Conocí, por una virgen demente, el suceso más extraño. Lloraba a ratos, cuando los intervalos de razón suprimían su locura serena.

Se decía hija de los antiguos señores del lugar. Habían despedido de su mansión fastuosa a una vieja barbuda, repugnante.

Aquella repulsa motivó sucesivas calamidades, venganza de la arpía. Circunvino a la hija unigénita, casi infantil, y la persuadió a lanzar, con sus manos puras, yerbas cenicientas en el mar canoro.

Desde entonces juegan en silencio sus olas descolmadas. La prosperidad de la comarca desapareció en medio de un fragor. Arbustos y herbajos nacen de los pantanos y cubren los escombros.

Pero la virgen mira, durante su delirio, una floresta mágica, envuelta en una luz azul y temblorosa, originada de una apertura del cielo. Oye el gorjeo insistente de un pájaro invisible, y celebra las piruetas de los duendes alados.

La infeliz sonríe en medio de su desgracia, y se aleja de mí, diciendo entre dientes una canción desvariada.

La cuita

La adolescente viste de seda blanca. Reproduce el atavío y la suavidad del alba. Observa, al caminar, la reminiscencia de una armonía intuitiva. Se expresa con voz jovial, timbrada para el canto en una fiesta de la primavera.

Yo escucho las violas y las flautas de los juglares en la sala antigua. Los sones de la música vuelan a zozobrar en la noche encantada, sobre el golfo argentado.

El aventurero de la cota roja y de las trusas pardas arma asechanzas y redes contra la doncella, acerbando mis dolores de proscrito.

La niña asiente a una señal maligna del seductor. Personas de rostro desconocido invaden la sala y estorban mi interés. Los juglares celebran, con una música vehemente, la fuga de los enamorados.

(*Obra poética*. México: Fondo de Cultura Económica, 2000)

SALVADOR GARMENDIA

Salvador Garmendia (Barquisimeto, 1928- Caracas, 2001). Novelista y cuentista, guionista para radio, televisión y cine. Uno de los principales escritores venezolanos del siglo XX. Premio Nacional de Literatura (1973) y Premio Juan Rulfo (1989). En 1984 es nombrado Consejero Cultural en la Embajada de Venezuela en Madrid y recibe la Beca Guggenheim.

Juego de niño

Estaba yo en el patio trasero de la casa, escarbando en el suelo con las manos, cuando un hueso bastante grande, ¿un hueso humano?, salió de la tierra. Era un hueso de forma más o menos aplanada, con las bolsillas de las articulaciones pegadas en ambos extremos.

Me lo quedé mirando en silencio encima de mis manos.

Era un hueso de persona grande, de seguro, que tal vez perteneció a un brazo; pero estaba ya viejo y amarillento y hasta perforado en dos o tres lugares por donde se podía ver la pulpa abiscochada.

Nunca he podido olvidar ese hallazgo, porque el hueso que había sacado de la tierra me pertenecía: era uno de mis huesos de grande; de la persona que debía morir y que había muerto.

Lo estuve contemplando mucho rato, agachado, sin cambiar de posición y ya tenía mis propios huesos entumecidos; pero me detenía la idea de que al incorporarme iba a crecer enormemente hasta alcanzar la estatura de un hombre.

Si aquel fue un sueño, no lo sé. Pudo ser, ¿qué más?; el sueño de la muerte; pero de ello sólo nos queda, con el tiempo, el miedo a despertar.

(*En micro. Antología del microrrelato venezolano*. Caracas, 2012).

Mi querida tía

Mi tía quería "pasar" la eternidad en un lugar con ventanas, donde ella se arreglaba para salir.

Era un día particular del año; un día de fiesta, a eso de las once de la mañana.

En ese momento, hunde una horquilla más en su moño, y al mismo tiempo, sólo por azar, vuelve la mirada por encima del hombro. En el resplandor de las ventanas que tiene detrás, ve que algunas mujeres del vecindario, ataviadas con velo y ropas de salir, cruzan apresuradas en una misma dirección y escapan como si se deslizaran sobre ruedas.

A ella le toca también asistir a esa celebración, y le parece que se ha quedado rezagada, por lo que intenta apresurarse un poco.

La comezón de la impaciencia le hace creer, con un breve estremecimiento, que está desperdiciando su eternidad, consumiéndola inmoderadamente.

Piensa en la chispa que antes ha visto saltar en la ventana: un momento de vida que ardió rápidamente y se volvió cenizas.

Pero entonces, un susurro interior le advierte que no tiene por qué darse prisa. En realidad, se encuentra ante el espejo de su cuarto, y toda la inmensidad estuvo comprendida únicamente en el momento en que hundió una nueva horquilla en su cabello y lanzó una mirada de reojo al resplandor.

(*Entre tías y putas*. Colombia: Bruguera, 2008)

JOSÉ URRIOLA

José Urriola (Caracas). Estudió Comunicación Social y realizó maestrías en literatura y cine. Ha sido productor, guionista, director audiovisual, docente e investigador. Actualmente vive en México D.F., donde da clases y escribe. Jugó fútbol desde pequeño y al crecer se dio cuenta de que no era tan buen jugador como pensaba. Entonces comenzó a escribir crónicas, cuentos y artículos de fútbol; porque escribirlo es también una forma de jugarlo.

Celoplastía

Mis amigos, quizá hartos de los lamentos por mi más reciente despecho, me regalan una muñeca inflable. Me la encuentro al regreso del trabajo, desnudísima, acostada sobre mi cama, con una flor plástica en la boca y una nota sobre el pecho: "Me llamo Juliana, de ahora en adelante seré tu nuevo amor".

Me produce una extraña combinación de risa, ternura y desagrado. Pero la tomo con cariño y la coloco sentadita en una silla del cuarto.

Recibo una llamada telefónica. Mi ex, que me quiere ver, tomar algo, charlar un rato. Me visto y salgo, dejando a Juliana con la puerta cerrada bajo llave.

Regreso tarde en la madrugada a casa. Juliana me espera en la sala fumando un cigarrillo, nostálgica, mirando por la ventana.

—¿Estabas con la otra, verdad?—me dice sin dignarse a voltear. Y adivino una lágrima sintética que se le escurre mejilla abajo.

Yo, más que asustado, me quedo francamente preocupado. Porque a esta también, a pesar del plástico, tendré que inventarle excusas verosímiles.

(*Liberándose de la tiranía de los géneros y otros ensayos sobre minificción*. Ensayos de Violeta Rojo. Lima, 2015).

RICARDO RAMÍREZ REQUENA

Ricardo Ramírez Requena (Ciudad Bolívar, 1976). Licenciado en Letras por la Universidad Central de Venezuela. Es, además de escritor, gran lector, librero y profesor universitario. Ha sido finalista en dos ocasiones del Premio de Cuentos de la Policlínica Metropolitana (2011, 2013). Algunos de sus textos suyos aparecen en revistas y *blogs* en Venezuela, México, Colombia y España. En el 2011, obtuvo una Mención especial en el I Premio de Poesía Eugenio Montejo (2011), con el poemario *Maneras de irse* (2014).

El otro Cervantes

Mis padres pagaron el rescate de alguno de los dos. Se endeudaron hasta la médula y mi madre hasta se hizo pasar por viuda para conmover a los otros. No es sencillo conmoverlos a ellos. Al final, me dejaron ir a mí a cambio del monto acordado por ser el menor de los dos. Yo no quería. Sentía vergüenza de dejar a mi hermano en manos de los moros. Ya tenía un par de años o más, y le quedaban otros. Él no dejó nunca de intentar escaparse, pero era capturado siempre. Aun así, su suerte le pelaba los dientes, pues mientras otros sufrían el Empalado, el solo recibía una carga de cadenas.

Con el tiempo, Miguel regresó a casa. Yo no estuve para recibirlo, me encontraba en Portugal, en donde dormito estas palabras.

No sé qué será ahora de Miguel, manco de una mano, sin dineros, con los padres nuestros tan viejos, mis hermanas realengas y yo sin poder ayudar. Son pocos sus talentos además de las armas y una imaginación que lo hacía concebir personajes extraños mientras estábamos entre los infieles y nos cautivaba. ¿Qué será de él, de mi hermano? Yo esta noche salgo a batalla, no a Lepanto en donde quizás debió mejor morir Miguel y sellar su inmortalidad, sino a cualquiera en mis faenas de soldado. Ojalá puedas hacer algo con esos personajes en la cabeza hermano, ojalá saques algún provecho en esta tierra ingrata que es el Reino de España.

Yo, del otro lado, tomo tu destino y recibo un arcabuzazo en tu nombre, ese que debía hacer hondura en ti en Lepanto y enterrarte en la tierra, en donde te espero ahora y hasta siempre. Suerte hermano.

(*Liberándose de la tiranía de los géneros y otros ensayos sobre minificción*. Ensayos de Violeta Rojo. Lima, 2015).

LUIS BRITTO GARCÍA

Luis Britto García (Caracas, 1940). Narrador, periodista y dramaturgo. Ha publicado artículos sobre el discurso político y las contraculturas. En 1980 obtuvo el Premio Latinoamericano de Dramaturgia Andrés Bello. Premio Municipal de Literatura (mención Ensayo) y Premio Nacional de Literatura. En narrativa destacan *Rajatabla* (Premio Casa de las Américas 1970) *Abrapalabra* (Premio Casa de las Américas 1969).

El adelanto mental

Mucho peor que el atraso mental, el azote del adelanto mental hace que los niños se anticipen en su cociente de inteligencia y comiencen de una vez a pensar como adultos, lo cual los hace enteramente necios. Un niño atacado de este mal, a los cinco años puede mostrar una edad mental propia de un hombre de cuarenta y cinco —lo que no es decir mucho— y a los nueve una propia de un viejo de noventa, con su correspondiente insistencia en que todo tiempo pasado fue mejor, el vicio de dar consejos, la manía de que lo respeten y otros síntomas de estupidez. En su etapa terminal, las víctimas acaban como políticos o como maestros de juventudes.

El hombre desechable

Se ofrece en presentaciones media regular y extra. Conocido por la diversidad de sus aplicaciones en todas las tareas que implican un rápido desgaste. Su demanda se incrementa gracias a que dispensa de la necesidad del mantenimiento y del uso prolongado así como de las molestias del reciclaje. Su perfecta homogeneidad asegura el fácil reemplazo. Para evitar las molestias inherentes a la sustitución de unidades o de multitudes se garantiza un suministro inagotable. Sus tasas de

consumo son inversamente proporcionales a su número. El bajo costo moral y emocional es la clave de su rentabilidad operativa. Concluida su aplicación se desvanece sin dejar residuos de recuerdos.

(*Arca*. Caracas: Seix Barral, 2007)

La naparoia

Los pacientes atacados de naparoia sienten la extraña sensación de que nadie los persigue, ni está tratando de hacerles daño. Esta situación se agrava a medida que creen percibir que nadie habla de ellos a sus espaldas, ni tiene intenciones ocultas. El paciente de naparoia finalmente advierte que nadie se ocupa de él en lo más mínimo, momento en el cual no se vuelve a saber más nunca del paciente, porque ni siquiera puede lograr que su psiquiatra le preste atención.

(*Relatos Vertiginosos, antología de cuentos mínimos*. México: Alfaguara, 2007)

ANTONIO LÓPEZ ORTEGA

Antonio López Ortega (Punta Cardón, 1957). Narrador, ensayista, crítico, editor y gerente cultural de amplia trayectoria. Participante del International Writing Program de la Universidad de Iowa, becario de la Fundación Rockefeller y becario de la Fundación Guggenheim.

En la palma de la mano

Daniela era nueva en el club. Sus ojos, sus labios y la forma hundida de su ombligo también eran cosa para nosotros. La vimos masticando chicle en el trencito del parque, la vimos comiendo pizza en el cine, bajo los aullidos de Tarzán, la vinos tomando sol en la piscina con un bikini que todos quisimos desanudar.

Daniela hablaba poco. Se limitaba a mirarnos fijamente de vez en cuando y a soltar una risa seca, un jajajá. Llegaba y paseaba sin móvil fijo mojando sus pies en la grama recién regada. Llegaba y abría sus grandes ojos verdes por entre la cabellera rubia que recogían con dificultad los hombros.

Por un designio que todavía celebro, Daniela coincidió con mi hermana en clases. Una tarde, llegando sediento a casa, la descubro junto a mi hermana haciendo un gran mapa de Venezuela. El cartón mojado —lo adiviné— serían los Llanos; la estopa que estrujaba en sus manos, los Andes. Sumando otras texturas a lo largo de la tarde, las ayudé a terminar el mapa. Intuí una risa seca de Daniela, un jajajá.

En la noche, caminando de rodillas desde mi cuarto, le susurré a mi hermana que estaba enamorado de Daniela, que el amor era una costra que crecía en el pecho, que me tenía que ayudar.

A partir de esa confesión, los hechos se ordenan de manera irregular. Sé que la semana siguiente fuimos al cine, sé que mi hermana se sentaría a su lado, sé que la vi pasar con una pizza cuyo queso derretido colgaba

entre el plato de cartón y sus dientes, sé que en pantalla Tarzán luchaba a muerte con un gladiador negro, sé que desde las filas traseras alcancé a pasar la papeleta de mi declaración de mano en mano hasta Daniela, sé que la abrió mientras el gladiador negro cala derrotado en un caldero hirviendo, sé que –inesperadamente- la luz se fue y la función tuvo que ser interrumpida a la fuerza.

Entre la maraña de caras que salen del cine, busco ansiosamente el rostro de Daniela. La descubro a lo lejos, no sin cierta vergüenza, y noto que me sonríe. Aún hoy me pregunto cómo habrán resonado en su mente las palabras de la papeleta. Aún hoy espero respuesta.

(*El cuento breve en Venezuela*. Antología a cargo de Manuel Viso Rodríguez. Caracas: Editorial Actum, 2005)

Sueños en Canarias

Estoy en Santa Cruz de Tenerife. Mi madre nos ha traído de vacaciones por primera vez en nuestras vidas. De viejo republicado y lector de Cervantes, mi abuelo ha resultado ser un agricultor esmerado: ayer, con un súbito movimiento de manos, me ha hecho conocer la fresa; ayer, hincando la uña del pulgar a través de la pulpa carnosa, me ha demostrado cómo un higo puede ser habitado por gusanos.

Desde Méndez Núñez 84, mi abuela nos ha consentido con papas fritas y la tía Olga ha preparado churros con chocolate. Mañana –se nos promete- bajaremos a la playa de Tabaiba con todos los tíos y primos.

Voy a la cama tarde y algo inquieto. Una brisa ligera mueve las cortinas. Me deslizo pesadamente hacia otras orillas mientras la noche se vuelve lenta y viscosa. Dos hombres enmascarados logran penetrar sigilosamente por la ventana y se dirigen al cuarto de mi madre. Mi madre los ve entrar y, ahogando un posible grito, se queda paralizada. Los hombres se precipitan sobre la cama: uno le tapa la boca con la mano enguantada mientras el otro oprime un cuchillo repetidas veces contra su abdomen. Una mirada que debe ser la mía la rescata desde el techo del cuarto agonizando y contorneándose.

Me incorporo de súbito en la cama. Mi madre nos llama anunciando el desayuno. Verla en la cocina con delantal no me ha parecido una imagen real. Los hue-

vos fritos se me enfrían en el plato mientras compruebo que he perdido el apetito.

Esa mañana en Tabaiba pude haber reconocido la arena negra de la playa, pude haber admirado al tío Arturo mientras desprendía con fuerza cada uno de los tentáculos del pulpo súbitamente adherido a su hombro, pude haberle aceptado a la abuela una larga barra de pan rellena de sardinas. Preferí, en cambio, no separarme de mi madre, ser prácticamente su sombra, retener en la garganta todo el llanto acumulado en mi cuerpo.

(*Río de sangre*. Caracas: Mondadori, 2005)

ARMANDO JOSÉ SEQUERA

Armando José Sequera (Caracas, 1953). Escritor, periodista, editor, promotor de la lectura y productor audiovisual. Reside en Valencia, estado Carabobo. Ha publicado más de setenta libros, gran parte de ellos destinados a niños y jóvenes. Ha obtenido diecisiete premios literarios, entre nacionales e internacionales: Premio Casa de las Américas (Cuba, 1979), Premio Internacional de Microficción Narrativa «Francisco Garzón Céspedes» (España, 2012).

Mi esquizofrenia

Mi esquizofrenia va de mal en peor: mi segunda personalidad dice que, como no se lleva bien con la primera, se aliará con la tercera para mitigar su soledad. La primera, entretanto, alega que, por más esfuerzos que hace, no logra congeniar con la segunda, razón por la cual formará alianza con la cuarta, habida cuenta de que si la tercera se lleva bien con la segunda, es imposible que se lleve bien con ella. Afortunadamente, me he podido mantener al margen de esta absurda disputa y no he sido involucrado en lo que, a todas luces, es una malsana maraña de incomprensiones.

(*En micro. Antología del microrrelato venezolano*. Caracas, 2012)

Una sola carne

Tan pronto el sacerdote concluyó la frase...y formaréis una sola carne, el novio, excitado, se lanzó a devorar a la novia.

(*Reductia*. Valencia, Venezuela: Caravasar Libros, 2016)

Opus 21

—¡Pero, señor guardabosques, ¿qué hace en mi cama disfrazado de lobo?! ¿Acaso no le da vergüenza ser tan poco original? ¡Quítese esa piel tan incómoda que, además, es muy picosa! Mientras, yo me despojo de esta caperuza, para que hagamos lo que hay que hacer, antes de que despierte la abuela.

(*Opus*. Valencia, Venezuela: Caravasar Libros, 2016)

JULIO MIRANDA

Julio Miranda (La Habana, 1945 - Mérida, 1988). Narrador, poeta, polígrafo, ensayista, traductor, crítico de cine y literatura, antólogo, editor y uno de los más apasionados estudiosos de la literatura venezolana. Muchos de sus cuentos, algunos brevísimos, catalogados dentro del género de la minificción, han aparecido en publicaciones periódicas.

Jugaba con su sombra

De niña, ella jugaba con su sombra en el muro. Saltaba, corría, posaba cual estatua. Su hermana larga y muda la imitaba, dócil.

Me lo contó después de cuatro abortos, dos intentos de suicidio, un homicidio frustrado (el mío).

Es una imagen recurrente en sus sueños. Ella sigue jugando con su sombra en el muro.

La sombra es cada vez mayor.

Vida de perros

Somos pobres. Nunca hemos podido tener un perro. ¡Y nos gustan tanto! Por eso decidimos turnarnos: cada uno haría de perro un día entero.

Al principio nos dio un poco de vergüenza, sobre todo a mis padres. Lo imitaban muy mal. Algún ladrido y mucho olfatear. Yo era el que más gozaba, orinando donde quería.

Pero se convirtió en una fiesta. Esperábamos que nos tocara, nerviosos. La noche antes ya se nos escapaba algún grrrr, algún guau. Mamá no se ocupaba de la casa. Papá no iba al trabajo. Yo me salvaba de la escuela. Y ellos se divertían más que yo, saltándose las reglas, mordiéndose y lamiéndose y rascándose y montándose encima y revolcándose, aunque a los dos no les tocara ser perro. Les decía que era trampa. Me mandaban al cuarto.

La casa está hecha un asco. A papá lo botaron. Yo tengo que ir a clases todas las mañanas y luego las tareas. «Otro día haces de perro», me dicen, «otro día», riéndose.

No es justo.

(*En micro. Antología del microrrelato venezolano*. Caracas, 2012)

RIGOBERTO RODRÍGUEZ

Rigoberto Rodríguez (Caripito, 1960). Ingeniero eléctrico. Cursó talleres de creación literaria. Dedica parte de su tiempo a la fotografía, campo en el que ha exhibido, individualmente y colectivamente, dentro y fuera del país.

Soliloquio del lobo

¡Oh, Dios!, cómo duele esta niña entre mis fauces.

Argumentum

Una vez bajo las sábanas, la niña de rojo exclamó: *¡señor Drácula, qué dientes tan grandes tiene!*

Bella durmiente

A la hermosa Carmen se le fue la vida en dormir. Se acostaba temprano y permanecía bajo las sábanas hasta bien entrada la mañana. Hacía largas siestas. Esta mala costumbre le impidió terminar con sus estudios. No le permitió tampoco conseguir un trabajo estable o decente. Un buen día, la hermosa Carmen se quedó muerta en la cama a mitad de un descanso. Un amigo de la familia, con lágrimas en los ojos y al verla en el ataúd, sólo atinó a comentar: *¡Qué linda! Quedó igualita, parece que estuviera dormida.*

(*Antifábulas y otras brevedades*. Venezuela: Texto Sentido Editores, 2004)

STEFANIA MOSCA

Stefanía Mosca (Caracas, 1957-2009). Su obra abordó el ensayo, la crónica, el cuento y la novela. También incursionó como promotora cultural y editora. Fue colaboradora de los principales periódicos del país, así como en prensa extranjera. Entre los reconocimientos recibidos, se cuenta el Premio Internacional de Novela Miguel Otero Silva de la editorial Planeta (1996).

El sapo

El sapo persigue un espejo amable en los recodos del pantano. En la musgosidad de las piedras. Busca una deformidad afuera que corrija la implacable precisión del lago. El sapo salta ágil como si fuera una gacela, y un croar es para un sapo —cualquiera que se respete—, el canto mejor para ofrecerle a la indiferente luna. La luna de los poetas y de los amantes rosa. La luna, imponderable. La luna de plata, la luna yerma, la luna increíble de Neil Amstrong con su cursi banderita en la mano. La luna, la diosa de las mareas y de las creaturas en junio. La luna, sola, destacada, seductora, voluble. La luna: el paisaje de mis noches, y las del sapo, que canta hermoso como se siente y salta para atrapar el reflejo de las aguas tranquilas y transparentes, y busca en las turbias su rostro mejor. Porque desde un principio, desde el primero hasta el último y todos los que faltan, el sapo se enamora un buen día de la luna, no puede olvidarla y muere melancólico en un salto imposible.

Duelo

Junto al postigo siembro tomates, cebollas, en tus manos es fértil la tierra. Abrazo la tumba. Sé que aún puedes verme, me visto con tus despojos, pongo flores en tu nombre. Pero un día, sin que nadie lo advierta, te habrás marchado definitivamente.

(*Seres cotidianos*. Caracas: Fondo Editorial Fundarte, 2015)

ARNALDO JIMÉNEZ

Arnaldo Jiménez (La Guaira, 1963). Poeta, narrador, ensayista, maestro de aula. Ha publicado ensayos, cuentos y poemas en revistas y publicaciones regionales y nacionales. Cuenta con una vasta y prolífica obra. Ha sido reconocido con diversas menciones honoríficas y premios literarios.

Admiten fracaso

Un total de veinte narradores de extraordinaria calidad literaria trabajando conjuntamente con un equipo multidisciplinario que incluye filósofos y lingüistas de todos los continentes, apoyados por una altísima tecnología de punta, admitieron ayer, a través de un comunicado de prensa, la imposibilidad de resumir la *Odisea* en una sola línea. La noticia la dan a conocer luego de haber insistido los últimos diez años en este vano intento.

Psíquicos

La línea psíquica 0212-0003423424, le salva de los nuevos charlatanes y curiosos que utilizan a las mentes frágiles y las buenas voluntades del prójimo. Por sólo tres mil dólares entérese de la causa que no le permite triunfar y en menos de tres meses será un verdadero hombre de negocios.

(*La roza de los tiempos*. Venezuela: Grupo Editorial Negro sobre Blanco, 2014)

ALBERTO HERNÁNDEZ

Alberto Hernández (Calabozo, estado Guárico, 1952). Narrador, poeta, ensayista y periodista. Su obra literaria ha sido reconocida en diversos concursos nacionales. Ha publicado ensayos y textos poéticos en revistas nacionales e internacionales. Parte de su obra ha sido traducida en varios idiomas: inglés, italiano, árabe y portugués.

Premio

Soy el general de los pobres.
Augusto Pinochet.

En el mismo instante en que el soldado intentaba arrancarle la bandera al sacerdote, Dios alzó una mano y le dio un bofetón al agresor. Éste, aturdido por el golpe, jamás llegó a pensar que en política también interviene el cielo, aunque sea a medias.

País cangrejo

Doloroso es perder la patria,
más doloroso tener esta desgracia,
y dolorosísimo los dos infortunios juntos.
Séneca.

Había un país que, de tanto creerse país, se convirtió en cangrejo. Entonces los habitantes del cangrejo tuvieron que acostumbrarse a siempre caminar de lado, hasta que todos, ellos y el cangrejo, cayeron en un pozo y se ahogaron, menos el cangrejo que pudo salir y regresar al mar.

(*Relatos fascistas*. Venezuela: Umbra Ediciones de Autor, 2011)

Jugada limpia

En la discusión salió a relucir el tema de la infidelidad.

Mi mujer, fastidiada, se sentía incómoda y a cada instante decía: «hablemos de otra cosa», y volvía a su disgusto al saberse vencida.

Desde esa noche se le ve caminar con una sombra, y yo no logro adivinar quién es mi rival, si la sombra o mi propia imaginación que ha enfermado de tanto abrirle la puerta al desconocido que todas las noches dispara sobre mí.

(*El cuento breve en Venezuela*. Antología a cargo de Manuel Viso Rodríguez. Caracas: Editorial Actum, 2005)

JOSÉ BALZA

José Balza (Delta del Orinoco, 1939). Profesor jubilado de la Universidad Central de Venezuela. Novelista, cuentista, crítico de arte, cine, música y literatura. Algunas de sus obras han sido adaptadas al teatro y la ópera, y traducidas al inglés, francés, italiano, alemán, portugués, húngaro, warao, hebreo, entre otras lenguas. Premio Nacional de Literatura. Doctor *honoris causa* de Universidad Central de Venezuela. Colabora con revistas y suplementos literarios de América Latina, Estados Unidos y Europa.

La respuesta

No puedo negarlo: la relación más extraordinaria que he tenido con alguna mujer es esa que se sostiene entre Carolina y yo, todavía. Aunque vivamos separados. Más allá de lo relativo a la vida práctica o de las horas para callar, juntos; más allá del orgiástico encuentro entre nuestros cuerpos, están esas cintas especiales: cuando, sin habernos visto durante semanas, me llama por teléfono para preguntar:

—Como ya no lo recuerdo, ¿puedes decirme qué soñé anoche?

Prisa

Un hombre va retrasado a una urgente y decisiva reunión. Encuentra a un amigo:

—¿Qué hago? ¿Cómo puedo llegar a tiempo?

—Vete de espaldas —respondió el amigo.

Agenda

Aunque quiera negarlo a sí mismo: se ha quedado sin lugar. Y la incesante belleza únicamente es para él o ya para él no existe.

(*Uno (Ejercicios narrativos)*. Caracas: Otero Ediciones, 2013)

WILFREDO MACHADO

Wilfredo Machado (Barquisimeto, 1953). Narrador, poeta, promotor cultural. Su narrativa es de corte fantástica, breve, en la que conjugan el humor, la sorpresa y la picardía. Muchos de sus relatos aparecen en antologías nacionales e internacionales.

Cuento inverso de hadas

Después de escuchar tan triste historia, la princesa besó apasionadamente al sapo en sus labios fríos y viscosos. Al finalizar el sapo seguía siendo el mismo, pero a su lado una sombra verde croaba con un ruido semejante al llanto. El sapo se encogió de hombros y se lanzó al estanque.

—Todas las princesas son iguales —pensó.

Detrás quedaba la rana croando en el silencio de la noche bajo las hojas húmedas del estanque y la luna que se adelgazaba en la superficie pulida del agua. Definitivamente éste no era un cuento de hadas, y ella no sabía qué hacía allí; desnuda y solitaria bajo las grandes constelaciones de la noche. De vez en cuando sacaba la lengua y atrapaba un insecto que el viento arrastraba desde el otro lado del estanque, porque al fin y al cabo la idea tampoco era morirse de hambre.

(*En micro. Antología del microrrelato venezolano*. Caracas, 2012).

ADRIANO GONZÁLEZ LEÓN

Adriano González León (Valera, 1931 - Caracas, 2008). Novelista, cuentista, cronista, poeta. Fundador y activista en los grupos Sardio y El techo de la ballena, desde los cuales afianzó sus ideas estéticas y políticas esenciales. Con la novela *País portátil* obtuvo el premio Biblioteca Breve, otorgado por la editorial Seix Barral de España. En 1979 fue galardonado con el Premio Nacional de Literatura.

La maestra

A Óscar Díaz Punceles

Empinada en su mesa, muy ausente, la señorita dijo que el cuerpo humano era de malabar. Se marchita, creándolo, la savia dura poco: Cabeza, tronco y extremidades son pura congoja. Esa lámina, niños, toda sangre roja, la vamos a cambiar.

El pizarrón se volvió un manto negro y las patas se doblaron en cruz.

Todos los caminos de nuestra extensa geografía y los 2.813kilómetros de costas están llenos de olvido. Desde la zona montañosa, por las vertientes, el relieve terrestre se define con la palabra silencio, niños, atención, no abran la boca hasta el momento de cantar el himno nacional. Las flores y la fauna lloran y el clima subtropical es insoportable. Así como dos y dos son cuatro, es menester estar atentos, muy atentos. El caballo de Atila viene pisando la hierba, oigan los golpes, el ventrículo derecho se me ahoga, perdonen, se suspenden las tareas asignadas para hoy.

Ahora se sabe por qué las tizas y creyones tenían ese agobiante olor. Francisco Durán Vásquez, boticario, dejó vacío el frasco de cianuro y le escribió una carta dándole sus razones.

La vecina en la ventana

A Gonzalo García Bustillos

Vio pasar a Manuel Linares, oloroso a monte y alegría en los bolsillos de la blusa, pero él no le dijo nada, nada podía decirle, aunque quisiera, pues de otro mundo y otra cosa. Manuel Linares iba hacia arriba, a meterse sus tragos de ilusión y comprar cuatro cohetes que, al quemarlos, manchan con sus chispas medio cielo y para anunciar petulancias y amores por robar.

Allá se entretuvo media tarde y toda la noche, porque en el cuarto gallo se oyeron las guitarras y una voz aguardentosa que no daba pero subía al postigo de las muchachas de arriba. El de acá, todo cerrado, a penas lo golpeaban los murciélagos o cualquier bicho indecente, cuando no el viento o el frío colado por la hendija. Entre cobertor triste y floreado, la vecina dormía, o hacía que soñaba, despierta, escuchando la música lejana, un ladrido de perro que marcaba el final de la serenata, y sin saberlo, la mañana otra vez, la ventana de barrotes helados, porque Manuel Linares, como era costumbre, volvería a pasar, sin saber que ella espiaba su monte y su alegría.

(*Cuentos completos*. Caracas: Otero Ediciones, 2013)

BELÉN OJEDA

Belén Ojeda (Caracas, 1961). Músico, poeta y traductora. Ha traducido al español a poetas rusos, como Anna Ajmátova, Ossip Mandelshtam, Boris Pasternak y Marina Tsvietáieva. Su libro *Graffiti y otros textos* (2002), obtuvo el premio único de la Octava Bienal Literaria del Ateneo de Calabozo, Francisco Lazo Martí, mención poesía (1999).

*

Madrid, verano de 1990

Desde hace años observo a los que me contemplan sin que ellos lo noten. Yazgo en este sofá y miro a los visitantes que acuden a la sala. Sus ojos recorren mis contornos y los del cuadro.

Observan mi pose: aquí mi ropaje y más allá mi desnudez.

La piel siempre fue anterior a todo ropaje, pero la desnudez…la desnudez es otra cosa. Ofrecimiento, entrega y comunión no pueden ocultarse bajo ninguna túnica.

Al palpar lo más profundo, descubrimos aquello que nunca nos será dado ver.

Algunos al preferido conocer mi identidad, en lugar de sumergir su desnudez en mi mirada. Otros tratan de explicar por qué descanso vestida en un lugar y desnuda en otro. ¿Acaso conocen realmente lo que es la desnudez?

Por mi parte, puedo confesar que nunca me he sentido tan desnuda como en los momentos en los que escribo este diario, o cuando escogí minuciosamente las prendas que vestiría para ser plasmada en este lienzo. Sabía entonces que mi elección mostraría mi ofrecimiento, y que sería mi entrega la que quedaría al descubierto ante todos lo que se acercaran a mí.

Todo ofrecimiento es desnudez. Ofrezco mi mirada, mi relación con el mundo.

Me desnudo.

Tomado del «Diario de la Maja»

Desconcierto

El director dio inicio al concierto, pero, a los pocos minutos, los músicos de la orquesta fueron abandonando sus instrumentos para incorporarse a dirigir.

Al final, los oyentes también dirigían. Había desaparecido la música. También el público. Solo había directores.

(*Graffiti y otros textos*. Monte Ávila Editores, 2002)

JUAN CALZADILLA

Juan Calzadilla (Altagracia de Orituco, 1931). Artista plástico, crítico de arte, poeta, ensayista. Ha participado en los principales movimientos de vanguardia de Venezuela. Ha sido merecedor del Premio Nacional de Artes Plásticas, 1997 y del Premio Nacional de Cultura de Venezuela, 1996; y en el 2016, el Premio León de Greiff al Mérito Literario.

El regreso

—Padre, tuve mucho éxito.
—¿Sí? ¿Y dónde están los aplausos?
¿Los trajiste contigo?
Registra tus alforjas. Quiero verlos.

(*Principios de urbanidad*. Caracas: Monte Ávila Editores, 1997)

Vienen con las lluvias

La memoria es como un muro demasiado alto. Puedo apreciarlo, calcularlo, medir la distancia a que me pone de la calle, es decir, del mundo, tomar impulso…pero nunca saltar sin correr un riesgo peligroso ante el cual me rindo. Entonces no recuerdo. El muro es el miedo a lo que siempre sobrevendrá. De pronto me interrumpo. Un gran acontecimiento. Lo prefiero así. El mundo se estremece. Silencio. Ha comenzado a llover. No antes, sino ahora mismo. No aquí, sino lejos, pero ha comenzado a llover. Esto es, teóricamente hablando, muy importante. ¡Aunque en la práctica no me toca la lluvia, ella habla de lejos!, me hubiera gustado manosearla, eso sí, pero solo la presiento, es todo. La recuerdo fijamente como una buena lengua en mi mano y entonces toco suelo, estoy de buen humor, me invade una felicidad momentánea, río a carcajadas, dando vueltas por todo el cuarto. Cuento sus sílabas de agua, mi oído escucha una conversación: mi nombre dicho en voz alta. Me llaman. ¡Son los ángeles, doctor, los ángeles! ¡Han vuelto!

(*Bicéfalo*. Caracas: Fundación Editorial el Perro y la Rana, 2006)

EDUARDO LIENDO

Eduardo Liendo (Caracas, 1941). Novelista, cuentista y ensayista. Ha coordinado talleres literarios en el CELARG y en la UCAB. Participó como profesor invitado de la Universidad de Colorado, EEUU, 1996. Su obra ha sido reconocida con el Premio Municipal de Literatura (1985) y el Premio del Libro CONAC (1990), entre otros.

La diferencia

Cuando el joven escritor publicó su primer libro: *Breve tratado del cielo estrellado*, era un silencio y audaz ignorante de muy firmes convicciones. Ahora, después de una extensa faena literaria, se ha transformado en un viejo todavía muy ignorado, pero eso sí, sin ninguna convicción. Aquel extraño fanatismo celeste se ha borrado de sus ojos.

(*En torno al oficio de escritor*. Caracas: Libros Lugar Cmún, 2014)

La página

Aquella noche se sumergió en un hondo trance y mantuvo una inspiración fervorosa. Así se consumó al fin la página magnífica. La inigualable. La que había esperado con ansiedad toda una vida. La releyó al amanecer, maravillado de su propia invención. La bautizó con una leve sonrisa. Solo cometió un desliz. Olvidó pulsar la tecla Guardar, antes de apagar el computador.

(*En torno al oficio de escritor*. Caracas: Libros Lugar Cmún, 2014)

GABRIEL JIMÉNEZ EMÁN

Gabriel Jiménez Emán (Caracas, 1950). Narrador, poeta, ensayista, antólogo, traductor, fundador y director de revistas literarias. Ha publicado diversos libros de poesía, novela, cuentos y ensayos. Su obra ha sido publicada en varios idiomas. Ha sido merecedor de importantes premios literarios, como el Manuel Vicente Romero García otorgado por el CONAC y la Mención Honorífica de la Bienal José Rafael Pocaterra.

Dios

Dios mío, si creyera en ti, me dejaría llevar por ti hasta desaparecer, y me he dejado llevar y no he desaparecido porque creo en ti.

El sueño y la vigilia

Había confundido tanto la vigilia con el sueño, que antes de acostarse clavaba con un alfiler cerca de su cama un papelito que decía: "Recordar que mañana debo levantarme temprano".

LUIS BARRERA LINARES

Luis Barrera Linares (Maracaibo, 1951). Narrador, ensayista, lingüista y docente universitario. Individuo de Número de la Academia Venezolana de la Lengua, correspondiente de la Real Academia Española. Premio de Narrativa Armas Alfonzo (1982). Premio Nacional de Narrativa del CONAC (1986).

Arbmos

Ha intentado muchísimas veces atrapar su propia sombra. Ha vivido perennemente acosado por la idea genial de asesinarla sin perjudicar la materia gris de su humanidad. A veces, la deja permanecer quietecita para sorprenderla apagando de súbito la luz de la habitación. Ha recorrido millares de kilómetros bajo el sol cuarteante, busca arrinconarla hasta el cansancio para deshacerse de ella con un solo machetazo fulminante. Cerró cientos de puertas antes de que ella pudiera pasar delante o detrás de él. Y siempre ha resultado inútil tanto esfuerzo. Hoy, luego de someter sus neuronas a anchos espacios de meditación trascendental, Brasom decidió que ha llegado la hora de aniquilar definitivamente la tortura cargada como un fardo desde la niñez. Entonces repitió, ensayó, practicó, las escenas memorizadas en su archivo de venganza: los cortes violentos de la luz, las carreras plenas a sol ardiente, los portazos por mampuesto. Y ahorita, en el último instante, la sombra Brasom sonríe tras el bamboleo que proyecta en la pared la figura de un hombre ahorcado, deslizado por el vaivén tenue de una lámpara que alguien acaba de encender.

ILIANA GÓMEZ BERBESÍ

Iliana Gómez Berbesí (Caracas, 1951). Licenciada en Letras por la Universidad Central de Venezuela. Escritora, publicista, cuentista, novelista, profesora de idiomas, guionista de telenovelas y cultora de la ciencia ficción. Entre sus libros publicados tenemos *Confidencias del cartabón* (1981); *Secuencias de un hilo perdido* (1982); *Tornillos de taller* (1983), y *Extraños viandantes* (1990).

La sombra del paraguas

Ha querido hablar solamente de misterios que se relacionen con el agua. Por eso, cuando presiente el espíritu arrastrando su carga, buscando en donde apoyarla, ella despabila el sueño y se apresura a darle asiento. Aunque no sería fácil averiguar que allá, de donde venía, también estaba lloviendo.

Al cabo de una hora los objetos se abomban y ella se siente con tanto líquido metido en el cuerpo, que mira hacia el techo y se dice: debe estar seco.

Con toda esa tristeza de impedimento, insiste en seguir viviendo a través de la ventana. Borrosamente descubre la figura de una joven que ajusta su paraguas. Y en esto que el agua fluye indiscriminadamente, espantando la posibilidad de lo cierto, empujando residuos de barro hacia quien sabe qué clase de puertos, a ella le sorprende el tremedal de otros párpados. Siempre ha dudado de los reflejos, pero esta vez su cigarrillo le confirma la sospecha. Es que por la acera aún transita su sombra dormida debajo del paraguas.

ELOI YAGÜE

Eloi Yagüe (Valencia, 1957). Escritor, periodista y profesor universitario. Ha publicado las novelas *Amantes letales*; *Cuando amas debes partir* y *Las alfombras gastadas del Gran Hotel Venezuela*, esta última finalista del Premio Internacional Rómulo Gallegos. Es un destacado cuentista con ocho libros publicados. En 1998 obtuvo el Premio Internacional de Cuentos Juan Rulfo (modalidad Semana Negra) con *La inconveniencia de servir a dos patronos*, incluido en el libro *Esvástica de sangre*. Relatos suyos figuran en antologías publicadas en España, Colombia, Chile, Brasil, Canadá, Rumania y Venezuela.

Los zapatos

El malandro, apenas un muchacho, me había seguido hasta un callejón poco iluminado. Pero la luz de un bombillo bastaba para arrancarle destellos azulados al acero en forma de pistola.

—Cargas unos zapatos muy bonitos —dijo—. ¿Dónde los compraste?

—Son especiales. Te recomiendo que…

—¡Quítatelos! —ordenó apuntándome con el arma.

—Está bien —respondí—. Pero te advierto…

—¡Cállate y sácatelos!

Con mucha lentitud me los fui sacando y los coloqué en el suelo, como una ofrenda frente a él. Lástima que no quiso oírme. Cuando fue a agarrarlos, los zapatos deportivos salieron corriendo.

LAURA CRACCO

Laura Cracco (Barquisimeto, 1960). Poeta, narradora y profesora universitaria. Con su obra *Mustia memoria* recibió el Premio Municipal de Poesía de Mérida.

Tristeza literaria

Domingo triste, repite el lugar común que da inicio al relato, como si la palabra domingo, *per se*, arrastrara en cada sílaba una melancolía milenaria. Está escribiendo un día domingo, está triste y se pregunta por qué no logra escribir algo alegre, feliz, optimista. Lleva días sin ver a nadie, apenas ha salido a realizar las tareas mínimas que le permiten continuar encerrado, escribiendo. Todos sus días, en cierto modo, son en domingo. Lo invade una rabia sin colmillos ni pezuñas, macilenta, triste. *Tengo que escribir algo distinto, algo que sea en viernes o jueves, algo que respire a pleno pulmón, exactamente lo contrario de lo que soy. Tengo que buscar palabras nuevas, metáforas que no estrangulen, personajes libres de mi propia maldición*. Entonces, sí que sería un escritor. Pero es justo lo que su experiencia, talento o naturaleza no le permiten avizorar. No logra imaginarse escribiendo un cuento feliz, los intentos resultan tan pueriles que no llegan a la segunda cuartilla. Sólo se puede escribir sobre lo que se conoce. Él maneja tan bien el arte de la tristeza que apenas tiene que esforzarse para amontonar cuartillas y cuartillas sobre ella, se conoce todos sus trucos de memoria. La felicidad posee una retórica que él ignora por completo, sería una novatada intentarlo. Tendría que empezar a vivir de nuevo, sacrificar todo su oficio, toda una trayectoria.

El ojo pasó con la fugacidad de la luz entre él y la página que escribe. Retrajo todo su brillo, no fuera que

el hombre intentara aprisionarla dentro de su interminable domingo de tristeza literaria.

(*El ojo de mandril*. Mérida: Ediciones Actual, 2014)

Epifanía

Esa noche la oscuridad fue mayor, ni luna ni astros traicionaban la sombra, pelambre de pantera más profunda que toda negrura, más aún que la espalda de la esclavitud o el pubis de una negra, más que la noche de un ciego. Esa noche su blancura fue mayor que las rosas blancas en el espejo plateado de Wilde, lana de oveja ofrecida a una diosa núbil o la página que atormenta a la historia, más que la cal cuando un ciego ve por primera vez. La noche tan cabal, ni un rayo la perturba, y ella, única parcela de luz.

(*Safari club*. Caracas: Monte Ávila Editores, 1993)

JORGE GÓMEZ JIMÉNEZ

Jorge Gómez Jiménez (Cagua, 1971). Periodista, narrador, editor y ensayista. Dirige la revista literaria *Letralia*, la primera publicación cultural venezolana en la red. Ha sido merecedor de algunos premios; entre ellos: Primer Premio en el X Concurso Anual de la Universidad Central de Venezuela; y en 2007, el puesto Nº 32 en la lista «Las mejores 100 novelas de la lengua española de los últimos 25 años», de la revista Semana, de Colombia.

Artes del fuego

Fue algo súbito, como cuando se enciende una luz en una habitación a oscuras. Cuando sus ojos se encontraron, el aire se inundó de chispas y se les hizo imposible la paciencia. Él pidió un vaso de agua y sólo pudo beber dos tragos, pues el resto ascendió vaporizado, bailando entre ambos, y el vaso estalló en su mano. Ella hizo ademán de buscar un trapo para limpiarle la sangre, que empezaba a brotar de sus dedos, pero fue inútil, pues en un rato ya sólo quedaba una costra negra y rugosa. Guardó el trapo, que había adquirido algunas manchas negruzcas, y entonces se dio cuenta de que las puntas de sus cabellos se retorcían y se enroscaban en minúsculos muñones negros. Él intentó hablar, pero sus dientes estaban calientes como piedra de fogón y sólo logró unas molestas ulceraciones en la lengua. Ella le hizo unas señas, se quitó con dificultad los zapatos, que habían comenzado a derretirse, y juntos subieron las escaleras. Precisaron detenerse varias veces para dejar por momentos en el suelo las llaves de la habitación, que apresaban temperaturas intolerables. Cuando entraron, un halo rosa los envolvía.

Después de que los bomberos apagaron el incendio, los hallaron abrazados y sonrientes, felizmente muertos, fundidos en una incomprensible masa de carne quemada, cabellos y algunos jirones de ropa que aún llevaban consigo.

Agua de lluvia

La lluvia caía con su monótono ruido una tarde de febrero cuando Evalina murió. Tenía los senos carcomidos por la enfermedad y el pelo se le había empezado a caer, pero tuve la satisfacción de que me reconoció hasta el momento de su muerte. Me tomó la mano como el que se despide, en lugar de hacerlo con el fuerte apretón agónico del que muere.

Había una gota eterna que caía por entre las junturas del techo y las paredes y que había formado un charquito en un rincón del cuarto. Era como un mensaje de la lluvia, la visita al enfermo que no podía dejar de dispensar. Evalina veía de vez en cuando hacia la ventana y sonreía a las diagonales líneas de agua que golpeaban la calle más allá de los límites del colonial marco de madera. Allá afuera estarían los transeúntes tardíos maldiciendo el agua fría del cielo mientras corren frenéticos en busca de cualquier toldo.

Pero dentro de Evalina no. Ella bendecía la lluvia y la amaba tanto como yo la amé toda mi vida. Habían sido demasiados años bajo la lluvia o el sol intenso. Ella debía estarlos recordando uno a uno, mientras veía el agua en la ventana y tomaba y acariciaba mi mano.

Hace algunos años de eso. Ahora, Evalina viene a mí en cada aguacero, transformada en, justamente, agua de lluvia.

(Artes del fuego. Cagua: Edición independiente, 1999)

Orugas

El pequeño Tito sufría indecibles tormentos por las noches. Mientras sus padres dormían, dos enormes orugas entraban por la ventana. Una se erguía sobre sus padres y los rociaba con una sustancia que aseguraba un sueño profundo. La otra iba hasta la cuna del pequeño Tito y lo laceraba con el ácido que desprendían sus vellos hirvientes. El pequeño Tito era entonces alzado de la cuna por la oruga, que lo envolvía en un capullo junto a ella misma, mientras sus vellos seguían lacerándolo. En una horrenda metamorfosis que duraba hasta la madrugada, la oruga se convertía en una gigantesca mariposa que curaba las heridas del pequeño Tito con el polvo de sus alas y lo depositaba, sano y salvo, sobre su cuna, para luego salir por la ventana con su compañera. Por más que llorara durante estos extraños acontecimientos, sus padres no podían oírlo, pues estaban sumidos en un plácido sueño en el que veían a su hijo jugar con mariposas a la luz de la luna.

KRINA BER

Krina Ber (Polonia, 1948). Desde 1973 radica en Caracas. Obtuvo el primer lugar en el Concurso para Autores Inéditos de Monte Ávila Editores (2004), el Concurso Anual de Cuentos de *El Nacional*, entre otros premios.

Escondite

Bien escondida, el corazón latiendo, escuchas sus voces afuera. Te están llamando. No te van a encontrar nunca, esta vez te has escondido muy bien. A Manolo, el grandulón, apenas terminó de contar cien no le costó nada agarrar a la torpe de Carolina, luego a sus dos amigas agazapadas entre los arbustos. Los muchachos corrieron con mejor suerte, pero también a ellos los había encontrado sin mayor dificultad.

Sólo a ti no. Ya pasó una hora. Ganaste. Por primera vez en tu vida, les ganaste a todos.

Ahora ya no juegan más: se juntaron para buscarte. Eres la protagonista, al fin. Oye como sus voces se elevan en el aire; se acercan y alejan mientras te llaman por tu nombre; da risa como esfuerzan las gargantas. Suena bien tu nombre: Galia. Galina. Gallinita. No temas, gallinita, no te encontrarán aquí. Qué buena idea tuviste al trepar hasta la casita del árbol perdida entre las ramas, cubierta de musgos y extrañas podredumbres. Nadie intentará abrir la puerta ni se asomará a las diminutas ventanas medio tapadas con cartones, pedazos de vidrio roto empañados de sueños y abandonos. El escondite ideal. Genial. Aquí estás a salvo.

Galia, Galina, gallinita, ¡sal!

Me rindo, canta el Manolo, me rindo. Bien hecho. ¡Es hora de volver! Grita; los demás unen sus voces a la suya, te llaman y te vuelven a llamar. Los caminos se confunden al atardecer y el bosque se puebla de espantos. Pronto oscurecerán los fantasmas verdes, se les

torcerán las caras de madera y las ramas voraces esgrimirán sus garras de espina viviente. ¡Sal, Galia, ya no estamos jugando!

¿Dónde estás? Galia. ¡Galina! Tu nombre desparramado en el silencio del bosque, ese silencio inmóvil que precede a la caída de la noche. Ves qué torpes son. Nunca podrán encontrarte. Te están buscando en lugares equivocados.

Están asustados al fin, en sus voces se cuela un deje de terror. ¿Es Carolina la que llora? La noche se acerca a grandes pasos silenciosos, ya basta de bromas… ¡Sal, o te dejamos aquí, niña estúpida!: voz de Manolo, aterrado, furioso, y tú, ríete de él, piensa ¡qué paliza le va a propinar su padre cuando vuelva sin ti, gallinita! Ríete de él, tú aquí conmigo, gallinita de mi alma, segura en mi casita del árbol, con tu uniforme de escuela, pantaletita rosada, medias blancas de niña buena, ojos azul celeste… ¿Por qué lloran esos ojitos? ¿Por qué tanto susto?

Deja que se vayan, gallinita. Cuando estén bien lejos, te quitaré esa fea venda de la boca. Y desataré manitas también: te lo prometo.

(*Cuentos con agujeros*. Caracas: Monte Ávila Editores, 2004)

BEVERLY PÉREZ REGO

Beverly Pérez Rego (Halifax, Canadá). Poeta, socióloga y traductora. Recibió el Premio Bienal Casa de la Cultura de Maracay y el Premio Bienal Elías David Curiel.

Completado mi arreglo, padezco ante el tocador, sudando levemente bajo los polvos.

Abajo él espera.

De nuevo acaricio mis vestidos; descubro defectos, luego otros: siento ralos nudos en sus pliegues. Los he volcado sobre la cama destendida, mas sé que no podré elegir.

Frente al espejo biselado, voy de un rincón a otro, a otro: uno los rincones con mis pasos. Mi tardanza es un arte, inútil rodeo a la perfección.

Es tarde; palidezco al llegar a la puerta: entonces estalla mi collar. Abajo él espera.

Caen cuentas sobre el parquet, se esparcen como la mirada del amado, pupilas secas que me delatan. Me arrodillo, alzo la aguja y —una a una— en hilo rojo las ensarto.

No bajaré hasta haber terminado.

(*Artes del vidrio*. Caracas: Pequeña Venecia, 1992)

FREDDY HERNÁNDEZ ÁLVAREZ

Freddy Hernández Álvarez (La Guaira, 1949 - 2010). Poeta y narrador. Con su obra *Memoriales del ángel bastardo* fue finalista del Premio de Poesía Ayuntamiento de Córdoba, España. Recibió el Premio de Narrativa de la octava Bienal Literaria José Antonio Sucre, y finalista del Premio Planeta de Novela «Miguel Otero Silva».

Esto proviene de olvido y sueño

Una mujer joven está sentada en el brocal de la fuente. Todo adolescente que va en busca de agua desea tocarla. Pasan los años y ninguno se atreve a hacerlo. Ella está a punto de desistir, pronto a levantarse, lo hace. Al ponerse de pie se percata de que ya no es la mujer que se ha hecho vieja aguardando, es un hombre joven y hermoso. Se sienta en el brocal a esperar que vengan por él. Las niñas que van por agua no se atreven a acercarse a la fuente, prefieren ir en grupo al río.

Salió sin decir una palabra

En ese sueño es un discípulo que aguarda por la visita de su maestro. El maestro, al visitar la vivienda del discípulo, rompe todo lo que encuentra a su paso excepto una botella; luego quema todo lo que puede arder excepto su libro sagrado, que él mismo ha suministrado al alumno, después apaga las cenizas con agua excepto un tizón. Finalmente abre las ventanas excepto la que mira al Norte, después sale por el Sur sin decir una palabra. Sintió la soledad del neófito. En ese sueño se ve organizando lo esencial.

(*Cuaderno del farero de Biblos*. Maracay: Ediciones Poesía, 2005)

JUAN ANTONIO CALZADILLA ARREAZA

Juan Antonio Calzadilla Arreaza (Caracas, 1959). Narrador, antólogo, promotor cultural. Obtuvo el Premio de Narrativa Fundarte con su mininovela *La hendija*, en 1995. Premio Nacional del Libro, en 2006 y 2007. Premio Nacional de Periodismo 2010.

Confesiones de un peripatético

Yo viví en carne propia la vida de los contrarios. Sin decírselo a nadie, y mucho menos al maestro, era uno y su contrario a la vez y en el mismo sitio. Nadie lo percibía, pero yo me ubicaba en uno de mis contrarios, en un tercero excluido prudente y silencioso, un ser que no existía pero que yo aparentaba, para enmascarar al menos en la palestra la lucha arrebatada de mis dos mitades antagónicas.

Confesiones de un atomista

He venido seccionando esta hogaza de pan (lo que era hogaza de pan), meticulosamente hasta llegar a esta sola miga insecable, no sólo para corroborar que la materia debe estar compuesta por un último reducto indescomponible, sino también para alargar los días de esta hambre infinita e invisible que me aprieta en las entrañas. Ahora, en un gesto simple, único y final, procederé a comerme la última miga.

(*Crónicas y tópicas de la edad de la muerte*. Caracas: Fondo Editorial Fundarte, 2010)

PLESIOSAURIO
Primera revista de ficción breve peruana
Nº 9
se terminó de editar,
en los talleres gráficos
de abismoeditores,
el 26 de marzo de 2017,
Jr. Pablo Risso 351, Lima 30.